

El Ruedo

FUNDADOR MANUEL FERNANDEZ CUESTA



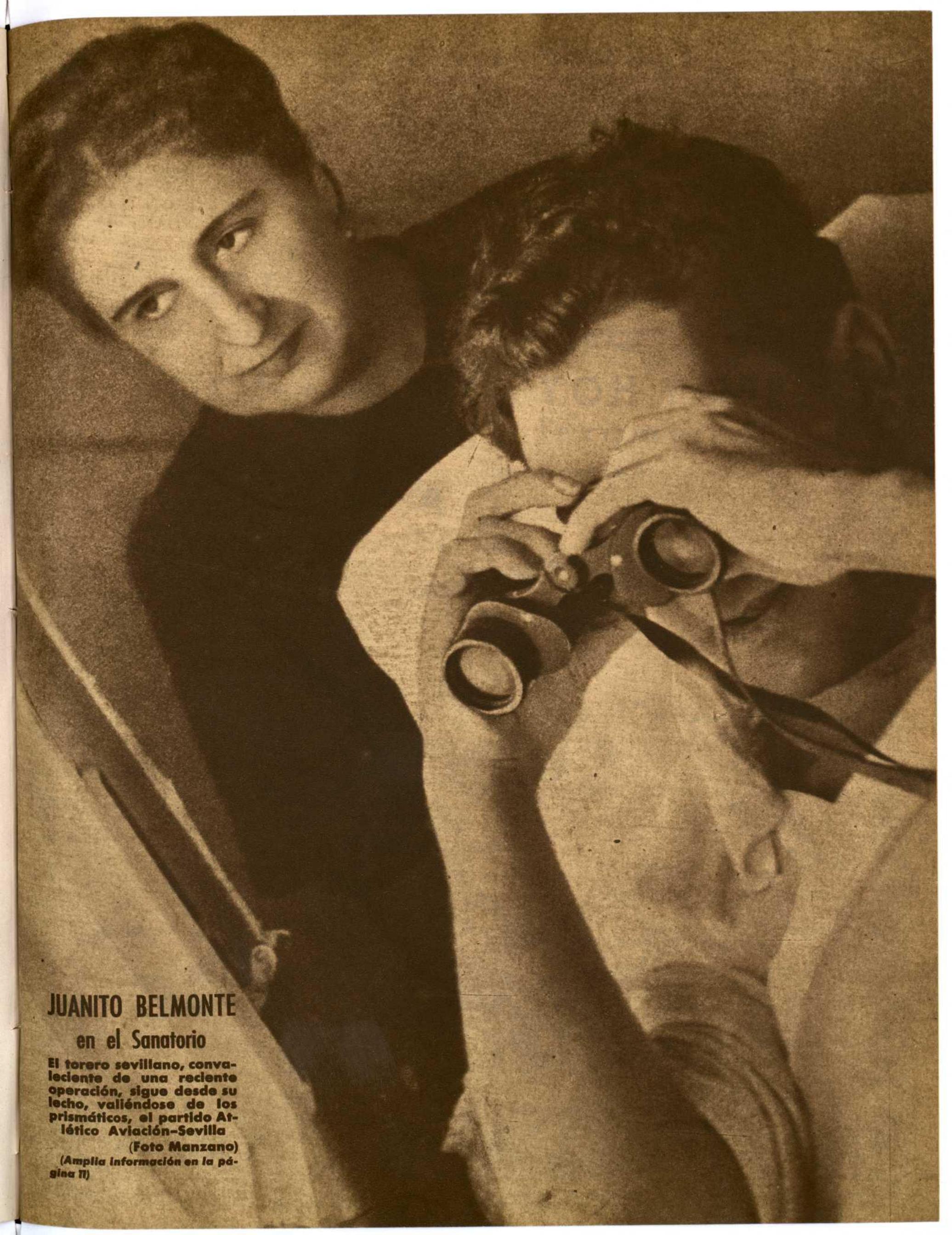
2
Ptas.

AAVEDRA



Cogida y muerte de José Cándido

(Dibujo de Enrique Segura)

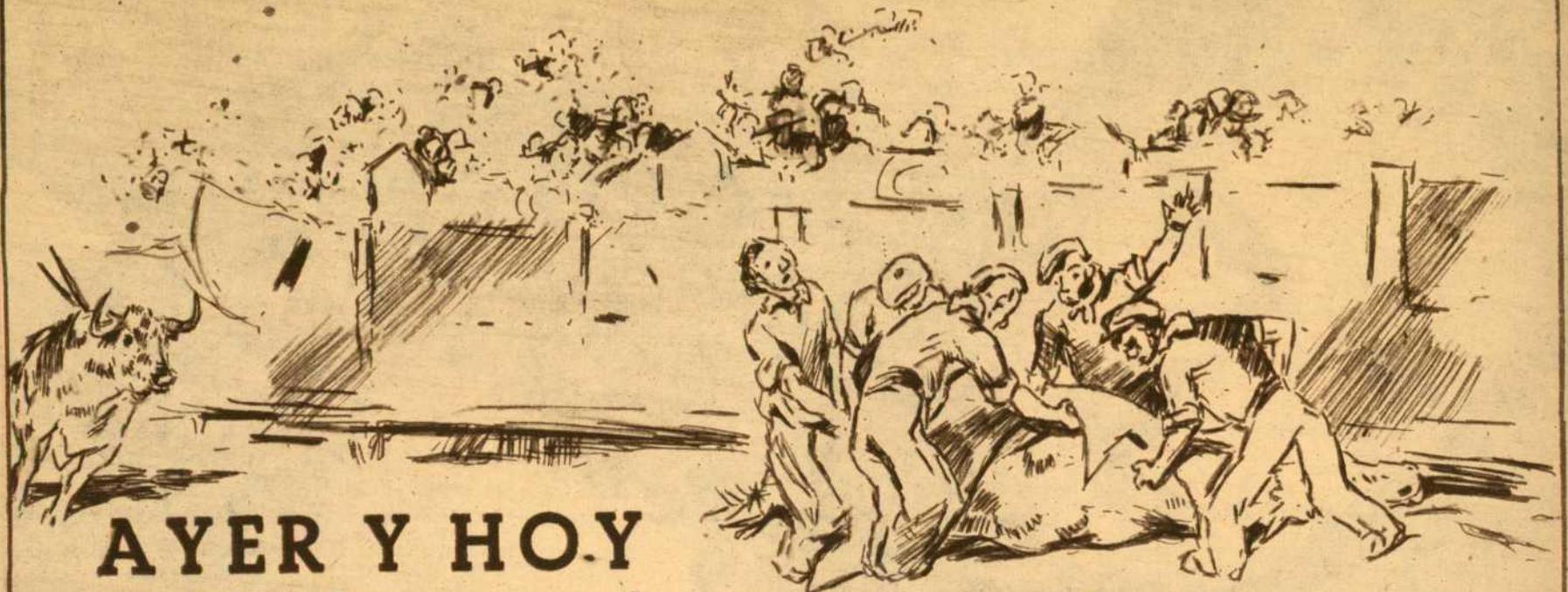


JUANITO BELMONTE en el Sanatorio

El torero sevillano, convaleciente de una reciente operación, sigue desde su lecho, valiéndose de los prismáticos, el partido Atlético Aviación-Sevilla

(Foto Manzano)

(Amplia información en la página 11)



AYER Y HOY
...¡Y siempre!

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADOR: MANUEL FERNANDEZ CUESTA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LA lluvia, tan suplicada y tan benéfica, tan deseada y tan esperada, se derrama por tierras españolas, calando poco a poco sus reseca entrañas. Vienen —¡Dios sea loado!— a mitigar duras restricciones, a fecundizar los campos sedientos. ¡Bien venida sea!

A los innumerables beneficios que trae, no es pequeño el que proporciona a la fiesta nacional. Ese gravísimo y agudo problema de los toros chicos puede así empezar a resolverse, y, en consecuencia, el de los to-

teros frente a los becerristas. Claro es que, en cualquier caso, esto no afectará gran cosa a la temporada próxima, ni tal vez a la siguiente, pero sí, desde luego, a la otra, si un régimen de varios años de lluvias sucede naturalmente a los que llevamos de pertinaz sequía.

Pero de momento, y aquí queremos centrar nuestro «pregón», beneficia el agua a la fiesta con las obligadas suspensiones de las novilladas económicas invernales. Hasta ahora, su celebración se va quedando en proyecto, y es deseable que así ocurra por lo menos hasta el mes de febrero.

Ya sabemos que esta opinión tiene como encarnizados enemigos a los interesados en el supuesto —nada más supuesto— negocio. Ocasionalmente, también se sumaron a ellos los que creían haber encontrado con tales espectáculos una diversión invernal, tan sólo comparable, en la fiesta, a las charlotadas. Pero los auténticos aficionados, los que de verdad sólo desean que la fiesta vaya hacia arriba en vez de hundirse en lo grotesco, se alegran con nosotros de que tales novilladas no se celebren.

Se habla, aquí mismo se ha dicho, de que las novilladas son una cantera de diestros, que sirven para revelar figuras que de otro modo no habrían podido hacerlo. Pero se refieren, nosotros al menos, a las novilladas llamadas serias, con caballos, en las que son aceptados uno o dos debutantes «en plaza», no en la fiesta en sí. Del aprendizaje que hayan tenido que hacer hasta entonces, con fatigas de las que podrían hablar incluso diestros de nuestros días, no queremos saber nada, porque sólo a ellos, como en todos los aprendizajes, les incumbe, ya que, al fin, serían florón preciado en el día que conquistasen la gloria y la fortuna. Lo intolerable es que se presenten, en la primera Plaza de España, unos imberbes jovencuelos sin afición, sin arte y sin valor siquiera, que creen estúpidamente que una verdadera chiripa puede consagrarles diestros de primera magnitud y convertirlos, de la noche a la mañana, en millonarios.

Por otra parte, los toros, en indudable escasez, son o no son. Si son, guárdense para más solemnes ocasiones, para novilladas de verdad; y si no son, envíense al matadero. Es una crueldad utilizarlos para que revuelquen y zarandeen, e incluso hieran gravemente, a unos desdichados inconscientes que creen de buena fe que un algo insospechado puede llevarles a la conquista de la gloria y la fortuna. A la fortuna, mejor que a la gloria.

Y con esa intención no pueden surgir valores verdaderos.

Año II - Madrid, 22 de noviembre de 1945 - Núm. 74



MANUEL MOLINA, LAGARTIJO, HABLA PARA "EL RUEDO"

El ex diestro sevillano, que ha permanecido quince años en Méjico, durante la charla sostenida con él

(Información en las páginas 20 y 21)

Una charla con el vizconde de Garci-Grande

YO SIEMPRE TENGO UNA CORRIDA DISPUESTA PARA LIDIAR EN MADRID



El Vizconde de Garci-Grande, en un momento de su charla para EL RUEDO

ES muy difícil, señor vizconde, el ser ganadero?

El vizconde de Garci-Grande pareció pensar la pregunta. Por un momento creí que iba a contestarme; pero debió de pensarlo mejor y escondió en su sonrisa las palabras que esperaba escuchar.

Y que no llegaron.

Sin embargo, insistí. Y esta vez, mis palabras encontraron su eco.

—Yo creo —me dijo el señor vizconde— que el ser ganadero es muy difícil. Tan difícil, como es llegar a serlo.

Su juego de palabras me desconcertó un poco.

—¿Quisiera explicarme dónde empieza y dónde acaba esa dificultad?

—Muchas veces se repitió que el ganadero debe ser un hombre escrupuloso, aficionado cabal y amigo de todos.

—Las ganaderías, ¿constituyen un saneado negocio?

—Según. Además, este tema considero no debo tratarlo. Comprenda usted que yo no soy sólo ganadero. Que hay otros muchos.

—Pero usted puede hablarme... puede hablarme de usted mismo. ¿Quiere?

Encendimos unos cigarrillos.

—Para mí —empezó diciéndome—, la ganadería no es un negocio. Quiero decir que el negocio de ganadería, para mí, no está proyectado para buscar en él un beneficio excesivo. Yo tengo la ganadería porque mi única ilusión es ésta. Y tengo una gran afición por estas cosas del toro. Lo demás viene por añadidura, porque el mantener una finca exige mucho. Aunque esto no es lo mismo que ganar mucho, en contraposición con el sentido que preside, esta empresa mía de ser ganadero.

—¿Desde cuándo se lidia el ganado de su herrar?

—La primera novillada que se lidio fué precisamente aquí, en Madrid, en la temporada del 42.

—¿Qué corridas de su ganadería se lidian al año?

—Un promedio de seis corridas.

—No muchas.

—Hay que tener en cuenta que no tengo aún completada mi ganadería. Hay que dar tiempo al tiempo. Por otra parte, soy partidario de la cantidad, porque siempre la cantidad va en perjuicio de la calidad. Y esto, para mí, sólo ofrece un camino: dar solamente aquellas corridas que puedan satisfacer por su bravura, por su lámina, a todos los aficionados y a todos los toreros.

—¿Amigo de la calidad?

—Amigo insobornable de ella.

—El problema ganadero, ¿es tan peligroso como se dice?

—Estimo que no se exagera mucho. El problema ganadero, sin duda alguna, es muy grave.

—¿Agudizado para la próxima temporada?

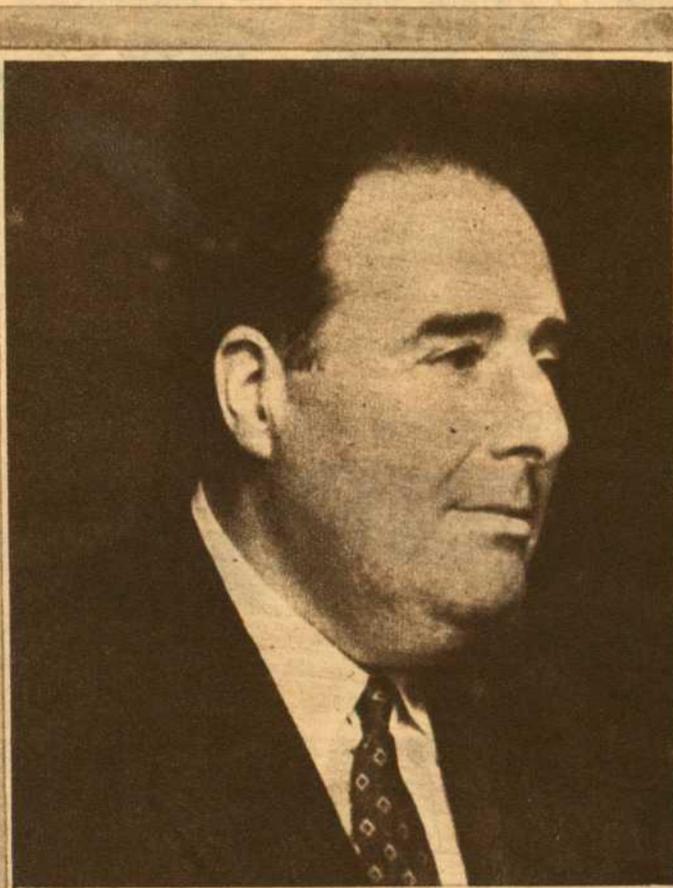
—En la próxima temporada, el problema no llegará a ser muy agudo. La verdadera gravedad culminará dentro de las dos temporadas siguientes.

—¿Se le murió a usted mucho ganado como consecuencia de la actual situación?

—Cincuenta o sesenta cabezas.

—¿Su toro ideal?

—El que tenga casta, con cuatro años, por



Creo —nos dice sonriendo— que el ser ganadero es una de las cosas más difíciles (Fotos Manzano)



Manolo Martín Vázquez y el ganadero vizconde de Garci-Grande charlan de la fiesta



El problema ganadero alcanzará su mayor gravedad dentro de dos temporadas — nos dijo

De mi finca nunca sale un toro que tenga menos de cuatro años y veintiséis arrobas

lo menos, y con un promedio de peso de veinticuatro o veintiséis arrobas

—Y usted, ¿procura lidiar toros en estas condiciones?

—Mis toros nunca tienen menos de cuatro años, y nunca pesan tampoco de menos. De otra forma, yo no lidiaría, no sólo lidiarlos, sino embarcarlos tan siquiera.

—¿Qué procedencia tiene su ganado?

—De Juan Covaleda. Es decir, pueros Conde de la Corte.

—La tiente, ¿factor importante en la conservación de la ganadería?

—La tiente es fundamental para el ganadero. Una buena tiente puede explicarnos muchas cosas.

—¿Concretamente, usted?

—Soy un enamorado de las faenas de tiente. Dicen que soy muy severo en este aspecto y que castigo duramente a las vacas.

Pero considero que a las vacas hay que castigarlas para ver todo lo que puedan dar. Un descuido en la tiente puede traer muy malas consecuencias.

—¿Le gusta a usted que se lidien sus toros en Madrid?

—No sólo me gusta, sino que éste es mi deseo siempre. Todos los años, desde que soy ganadero, envío una corrida a Madrid.

En la temporada pasada, lidiaron mis toros Pepe Bienvenida, Albaicín y El Choni, que confirmó la alternativa. En mi finca de Alba de Tormes siempre hay una corrida preparada con cariño y con esmero, para que se corra en Madrid.

—¿Proyectos para el futuro?

—Ir, poco a poco, completando mi ganadería. Cuidarla mucho y servir siempre al aficionado y al torero lo mejor de lo mejor. En este celo, muchas veces radica el secreto

—¿Qué secreto?

—¿Secreto? ¡Hombre! Esto no es ningún secreto... Me refería al prestigio. ¡Y esto, sí que hay que defenderlo!

—El vizconde de Garcí-Grande me ofreció un buen número de álbumes con fotografías.

—Ya que no podemos estar en Alba de Tormes, vea usted esas fotografías para que se ambiente.

—¿Y destaque?

—Mi afición.

—¿Nada más?

—Nada más.

—El vizconde de Garcí-Grande acentuó su sonrisa. Un apretón de manos acababa de sellar una buena amistad.

Dejamos al vizconde de Garcí-Grande después de nuestra larga y sabrosa charla.

Mucho y bueno —interesante y ameno— nos ha contado este ganadero por amor a la fiesta.

Sus palabras habrá que meditarlas, sopesarlas y ver de que sirvan para algo. Para que la fiesta de toros

—nuestro espec-



Yo siempre tengo en mi finca una corrida dispuesta a lidiar en la Plaza de Madrid.

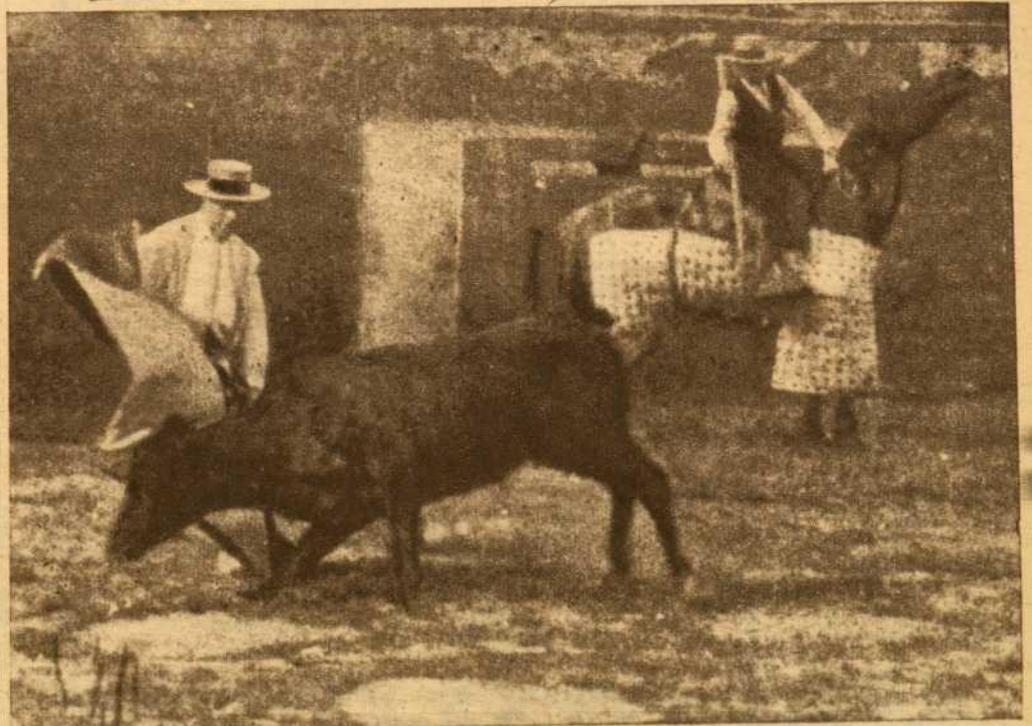


El problema ganadero alcanzará su mayor gravedad dentro de dos temporadas

táculo incomparable no se nos escape de las manos.

Para que a modo de orientación, sus palabras den el fruto apetecido. Hombre él de extraordinaria afición, no le han alentado en sus vaticinios otros deseos que el de tratar de avisar, dar la voz de alarma y poder, entre todos, buscar la solución al problema que se debate en la actualidad.

C. E. F.



El vizconde de Garcí-Grande, gran aficionado a la fiesta, toreando en su finca



NUESTRA CONTRAPORTADA

ANGEL LOPEZ, REGATERO

Por BARICO



FUE Angel López uno de los mejores banderilleros que han existido y uno de los peores matadores de toros que han pisado la arena de los ruedos.

Era de Madrid, donde nació el 17 de julio de 1826. Su primer oficio fué el de ebanista. Comenzó a torear en Plazas de poca importancia, y tuvo después el acierto de tomar lecciones del célebre peón de Montes, Juan Antonio Leante Calderón, Capita. Pronto llegó Regatero a ser un banderillero excepcional, y merced a los buenos oficios de su maestro consiguió un puesto en la cuadrilla de Cayetano Sanz. Banderilleó por primera vez en Madrid, en 1848, y desde ese año hasta el de 1857 no dejó de actuar en la capital de España. Desde 1853 a 1857 figuró en algunas corridas como sobresaliente. En los años a que hacemos referencia se distinguió como banderillero sin par y ejecutó con gran destreza en muchas ocasiones la suerte del salto de la ganchoa. Practicando esta suerte sufrió el percance más serio de su vida, en Cádiz, el 7 de agosto de 1853. El toro Baratero, de la ganadería de la viuda de Varela, le produjo dicho día una gran herida en el muslo izquierdo. El 11 de julio de 1858, Cayetano Sanz le dió la alternativa en Madrid. En esta corrida actuó de segundo espada El Lavi, y los toros fueron de la ganadería de Veragua.

Regatero se equivocó al trocar las banderillas por la espada. Dijeron unos que en su decisión nadie había tenido parte, y aseguraron otros que sí se hizo matador fué porque los grandes banderilleros El Cuco y Muñiz, envidiosos de su fama, lograron convencerle de que tal hiciera. Influyeran o no en él para que tomase dicha determinación, fué lo cierto que, tras muchos fracasos como matador, resolvió volver a actuar como banderillero.

El 24 de julio de 1880 toreó por última vez como espada, en Valencia, en sustitución de Frascuelo, que estaba herido. Alternó con Lagartijo en la lidia de toros de Murube. A su primero, Carbonero, le hizo una faena desegada; fué cogido y zamborreado, y gracias a Lagartijo, que intervino oportunamente, se salvó de un serio percance. Mató a su segundo, Zambóto, sin pena ni gloria. En su tercero, Rabigordo, estuvo mal, y vió cómo era devuelto a los corrales el que debió matar en último lugar, Coronel.

Retirado de los ruedos, fué encargado por el duque de Veragua, con el que le unía estrecha amistad, de la ganadería, y la verdad es que Regatero fracasó en su nuevo empleo.

Falleció en Madrid el 23 de marzo de 1898. Con ocasión de la muerte de Angel López dijo de él "El bachiller González de Ribera": "El Regatero, que había sido un banderillero sobresaliente, fué uno de los matadores más malos que registra la historia del toro. Sus faenas fueron, en su gran mayoría, desastrosas; en la excepción, mediores, y en la casualidad, buenas. Como torero, era hábil y elegante; como banderillero, admirable; como mulleador, flexible y adomado, aunque distanciado siempre de la cabeza; como estoqueador, una calamidad. A los muertos se les deben las verdades, y era Regatero mucho torero para que tratemos de darle más timbres de los que en lid legítima supo y pudo ganar. Su vida como espada tiene bien pocos laureles y ningún éxito. Torejó poco y estoqueó mal. Revisando años y años nada se halla, aunque la voluntad quiera hallarlo y la simpatía lo desee. Porque, eso sí, el Regatero asumió todas las simpatías que los públicos, en primer lugar, por su mérito artístico; después, por su trato correcto y fino, comó de hombre a quien vienen, ya por abofengo, ya por inclinación, la distinción y el buen gusto. El Regatero toreó muy poco como espada."

EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

NOVIEMBRE

21

MIERCOLES

A estas alturas de noviembre, salvo los que embarcaron y contados más, los toreros, tanto matadores y novilleros como subalternos, tienen montada su oficina a diario en el café, que no a pocos sirve de círculo de recreo y a algunos hasta de domicilio particular. Si queréis encontrar a Domingo Ortega por la mañana, preguntad en Chicote; por Carnicerito, en Lepanto; por «los intelectuales» —Cossío, Cañabate..., ¡descansen en paz Zuloaga!—, en El León de Oro. Y en Riesgo hallaréis a Dominguín y los de su estirpe; en Galatea, a los Bienvenida; en Sanru, a Posada y Federico del Oro; en el Fénix, a Marcial; a Arruza y Gago, en Marfil; a Recortes, en Platerías; en el Castilla, a Manolo Fuentes Bejarano y a

Chocolate, y en la Tropical, en fin, a los subalternos en general. Si esta noticia aparece en EL RUEDO, también a título de información, sin que nadie me pregunte, voy a hacer revivir en la memoria de los viejos aficionados aquel Café Imperial que tuvo sus tres entradas por la Puerta del Sol y las calles de Alcalá y carrera de San Jerónimo. De puro viejo, allí se murió el Hotel París, y porque en aquel sitio «se podían vender o alquilar pequeños espacios a millón multiplicado por mil».

En el Café Imperial, el manchego y popularísimo Perico el camarero fué un pedazo de pan para los estudiantes, aunque otra cosa éstos dijieran. En aquel café «con timba» tuvieron sus gratos conciertos los aficionados a la música. Pero lo que al Imperial le dió su verdadera fisonomía, allá por el ochocientos remolón aun en dar el salto del siglo, fué el «turno de Frascuelo». Con sus amigos y admiradores, con su cuadrilla, que le seguía a todas partes, y con algunos curiosos que acudían a la «peña» por invitación de los contertulios, Sarvaó discutía con pasión, siempre de toros y de toreros. Pablo Herráiz, Pablito, era el jefe de protocolo. Sólo él osaba contradecir a Frascuelo, e imperiosamente, con la mirada, hacía enmudecer a aquellos que pretendían hacerse oír sin haber sido preguntados.

De pronto, Frascuelo interrumpía la discusión:

—Mira: de todos esos que pegan la nariz al cristal, ese rubio, al que le van a asfixiar a apretujones de un momento a otro, tiene cara de hambre. ¡Que entre!...

Y a veces también, durante la primavera o el verano, «despejaba» a los que se ponían demasiado pelmas, vertiendo sobre ellos algunos vasos de agua.

En aquel turno que llevó su alias, Frascuelo oyó hablar por primera vez de «un señorito loco» que quería ser matador de toros.

—Mastro, ¿y usted cree que un señorito puede ser torero puntero?

—¡Hombre, te diré! Si tiene el corazón en su sitio, cabeza, habilidad... y no es manco... Poder ser, puede ser. ¡Pero yo no creo que sea!

—Pues dicen que sí, que el otro día, con un cincheño, ha hecho esto, lo otro y lo de más allá...

Tanto se habló del señorito loco, que un día, que pasó por la acera de Alcalá y se lo dijeron al maestro, éste dijo:

—Tú: sal corriendo y dile que entre, que le quiero conocer y ser su amigo.

Un renombrado cronista de la época escribió que nuestro hombre «entró, atontado y sin saber lo que le sucedía». Ahí era nada. ¡Ser llamado y merecer la curiosidad, la atención y la amistad de uno de los dos colosos de entonces!

El aspirante a torero no estuvo ni corto de palabra ni largo de presunción. Mantuvo con voz firme, ante Frascuelo, que quería ser matador de reses bravas, y aceptó la invitación del maestro de la estocada, comprometiéndose formalmente a matar, pocos días después, dos toros —que Salvador mismo elegiría— en un pueblecito cercano a la capital de España.

Aquella ocasión, única, no la desaprovechó Luis Mazzantini. El señorito loco estuvo lo que se dice colosal, y Frascuelo afirmó, en sentencia que corrió de boca en boca, que allí había todo un matador de toros, de la misma manera que, cuando dejó los trastos, don Luis llegó a ser todo un gobernador, respetado y querido por los más y tomado a chacota por una minoría de eternos descontentadizos, de los que dicen: «Dime de qué se trata, para que me opongá.»

NOVIEMBRE

27

MARTES

XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

Divagación sobre la psicología de los públicos taurinos

Por FRANCISCO CASARES

CUANDO se habla o se escribe de cosas de toros, no es posible olvidar que entre los factores que componen el conjunto de la llamada «fiesta nacional», uno, decisivo, es el público. Es cierto que a él, como elemento soberano, que costea y mantiene los espectáculos, se le deben los mayores respetos. Las empresas, los toreros, los criadores de reses bravas, los críticos que dan noticia y formulan comentario, han de estimar que las multitudes congregadas en los cosos taurinos constituyen el juez supremo. Pero estas consideraciones y estas verdades no empecen para que se puedan formalizar algunos comentarios acerca de la psicología de los senados que fallan. Y que en muchas ocasiones, *fallan* en el sentido peyorativo del vocablo, porque de fallos o errores de los públicos provienen muchos males. Y si no es posible el corregimiento, bueno será, en trámite de leal exposición, que no se deje en zona de silencio lo que uno piensa.

Lo primero que salta a la vista es que el público, considerado como estamento, como parte que integra nuestra fiesta, no es una homogeneidad. Y no lo es porque las exigencias, los criterios, las reacciones y las actitudes, se manifiestan de forma muy diferente en unas y otras Plazas. No tiene ello nada de extraño, si nos fijamos en la diferente intensidad de la afición. Hay Plazas en las que se dan dos corridas al año. Las hay en que se multiplican los festejos hasta formar un conjunto de cinco o seis decenas. El espectador que asiste a una corrida, a dos, o a media docena, a lo largo de una temporada, va a su tendido para pasar una tarde agradable, que incluye en los diversos capítulos de una feria. La asistencia a los toros es una parte alcuota de sus diversiones esporádicas. No acude con el espíritu crítico del que todo el año, tarde tras tarde, se sienta en su localidad para juzgar actuaciones y comparar estilos. Esta gradación es la causa esencial de que los diestros tengan preferencias por ciertas poblaciones, en las que, de antemano, saben que no van a encontrar severidades excesivas ni criterios de intransigencia. Y en cierto modo —aunque ello no signifique una justificación— esta es la causa explicable de que en Madrid, donde la gente entiende más y las opiniones se revisten de otro tipo de dureza e implacabilidad, se venga registrando un desvío de ciertas figuras que, acostumbradas a ganar fácilmente el dinero y a que las reses sean de escasísimo respeto, se permiten la licencia de volver la espalda a la Plaza que les dió las definitivas consagraciones y los deseos y necesarios espaldarazos. Decía que ello no tiene justificación. Naturalmente. El que está a las maduras debe estar a las duras también. Y la actitud es, al fin y al cabo, una innegable manifestación de temor que no se compadece con el carácter del ejercicio profesional que proporciona las famas y los dineros. Apunto el hecho, sin mayores extensiones en el comentario, porque es una realidad, y ella forma parte del estado de desequilibrio y confusión que matiza desde hace algún tiempo la fiesta de los toros.

Esa actitud de retraimiento y de desvío implica, por modo automático, la irritabilidad de los públicos. Es un desaire que no se tolera; y cuando los diestros que han encarecido la fiesta, realizan, porque ya no tienen



más remedio, la comparencia, la disposición es hostil. Todo viene ya enraecido, y las gentes exigen más. Estamos, por consiguiente, en un círculo vicioso. Los toreros no vienen a Madrid —ejemplo típico de Plaza exigente y difícil— porque no les es cómodo. El público madrileño se muestra más huraño y más duro, porque tiene el legítimo deseo de castigar la actitud de los matadores de primera categoría, que le vuelven la espalda. Y así, en estas controversias y reacciones, el asunto va agriándose. La temporada de otoño última ha sido desastrosa. Y como suele ocurrir, pagaron justos por pecadores. No hay que puntualizar demasiado. La corrida de la Prensa, en la que se habían anuncia-

do —y contratado— los espadas cimeros, produjo desilusión, disgusto, contrariedad. Y la actitud fué, desde que sonó el clarín por vez primera, de francas hostilidades. Sin embargo, se había pagado por el ganado tanto como en la corrida que más. Y el desechar uno de los toros de Charro, que luego resultó pesaba más de lo reglamentario y más también que algunos de los bichos lidiados en la misma tarde, fué un ejemplo de notoria injusticia, producida por la irritación colectiva. Lo que quiere decir que la actuación del público —que hay que respetar naturalmente— no es siempre serena, objetiva, ponderada y justa. Si se profundiza y se buscan las verdaderas causas, habrá que comprenderla. En esto, no nos duelen prendas. Pero la verdad es que todo se está deformando y que hemos entrado en la senda de los malos humores que causan lesión y traen demérito a nuestra fiesta nacional.

Los movimientos colectivos son siempre pasionales. Una de las evidentes equivocaciones de los públicos taurinos está en la premura para pedir que vuelva a los corrales un toro que parece, a simple vista, defectuoso o cuya presencia en la arena no satisface plenamente. Se accede ante la ruidosa protesta. Se reemplaza el cornúpeza retirado por otro, sobrero, generalmente «morucho», de ganaderías que, al tener poco prestigio, es porque no suelen dar reses bravas y manejables. El toro da poco juego. La lidia se empobrece. Y todo sale mal. Pero que si se hubiera lidiado el toro que se mandó retirar. De esto hay casos y ejemplos a granel. En otro aspecto, el público pone de manifiesto sus estados pasionales. Se aplaude y alienta a un torero, muchas veces, como protesta contra otro. No es la estimación sincera, para bien o para mal, de una labor, la que determina las reacciones. Es la contrapartida. Y se conceden orejas a porrillo, desprestigiando el sentido que tiene este supremo galardón, que, si se regatease y redujese a sus debidos límites, no perdería nada. He



aquí otra prueba de las desviaciones multitudinarias.

En suma: que entre los factores que andan desquiciados, que vienen haciendo perder nivel y rango a los toros, como espectáculo, uno de ellos es el público. Insisto. No es cosa que tenga fácil corrección. Acaso, con un poco de buena voluntad y un punto de contrición por parte de los que manejan los tinglados, puedan resolver el problema.

A punta de capote

EL TORERO Y EL CANTAR

Por FEDERICO OLIVER



NO ha mucho apareció en las páginas de EL RUEDO, un artículo mío titulado *El torero arquetipo*. Por la brevedad obligada de estos trabajos hubé de prescindir de la imagen que a mi entender representaba mejor esta figura racial.

El torero, como síntesis étnica de su raza, es el tipo atezado, turdetano y tartesio, de ojos de mirar profundo y cabellos como la endrina. Es el aborigen mediterráneo diseminado en el *Mare nostrum*, desde Gádex a Cnosos, y desde Egipto a las Cícladas, cuando Hércules, fundador de Sevilla, no había abierto las esclusas del estrecho de Gibraltar. Sal de la tierra, su aparición en el mundo es brote autóctono de la misma tierra, milenios antes que se alzara el telón de la Historia. Esta tierra es la famosa Bética, solar del jardín de las Hespérides, en los ubérrimos campos donde pastaron los toros de Gerión, hijos del Uro ancestral y padres del genuino toro de lidia, *Bos hispánicus*, especie o subespecie única en la redondez del planeta. No es aventurado imaginar que en aquellas remotas edades el hombre toreaba, por el hecho innegable que nos presenta al toro embistiendo, por reflejo natural contra toda forma viva, real o engañosa. Así nació el toreo. Donde hubo toros de salvaje bravura hubo la réplica del hombre bravo, burlador de su fiereza estúpida. Este argumento es tan natural, que por sí mismo acredita la existencia de un toreo más o menos embrionario en todos los momentos de la Historia.

La lucha con el toro tiene un nombre: *torcar*. Y aunque os parezca anacrónico, imagino a Hércules y a Teseo toreando, o esquivando, al toro de Creta o al otro toro de Maratón. Una corrida de toros es una estampa tan vieja como la erección de las grandes Pirámides, posibles contemporáneas de las primeras corridas que se dieron en el mundo. El pasmo nos paraliza ante las pinturas casi rupestres de la Cnosos del Minotauro y del Laberinto. En ellas vemos auténticos toreros realizando el salto del trascuerno —suerte castiza del toreo— con toros que parecen criados en las marismas del Guadalquivir. Estas corridas eran presenciadas por asombrosas mujeres que usaban corsé y vestían la falda de volante de nuestras gitanas y mocitas camperas. ¿Quiénes eran aquellas criaturas tan remotas y tan parecidas a nosotros? Sin duda, hombres afines a los de los *tartesios campos*, que diría Cervantes; hombres morenos, tan artistas y poetas que escribían sus códigos en verso y aun llevaban en la diestra la antorcha flamígera de la pérdida cultura atlante.

Esta raza prócer *desvertebró* su unidad primigenia en las tempestades prehistóricas, jalonada en el tiempo por las invasiones arias. El pleamar, irritado en crestones de espuma rubia, salpicada en pupilas azules, cambió la faz de la tierra. El hombre del Sur mezcló su sangre con el hombre del Norte, y de esa mezcla fabulosa nació el mito, y con el mito, la Historia. Pero el indígena atlante subsistió, y aun subsiste, a pesar del tiempo terco de Rubén y de las vicisitudes de la especie. Su patria más pura es Andalucía la baja, y en ella brota de la tierra, como germen esporádico de un jardín abandonado. No se diga que esta inducción desenfadada es sólo fantasía. Y aunque lo fuera, no importa. La fantasía —fábula o leyenda— es madre de la Historia, como la hipótesis, su hermana, es madre de la Ciencia.

En la variedad de rasgos de la figura humana, la naturaleza guarda la gradación regresiva de los tipos ancestrales, como toda forma, animal o vegetal, conserva los hitos salvajes o silvestres de su avatar morfológico. No es extraño, pues, que aun hoy identifiquemos el hombre paleolítico en el australiano aborigen. El Supremo Creador modela la maravilla del hombre; pero, como todo escultor, conserva rasguños y bocetos de su obra. Estos ensayos de la mente divina son visibles en la pródiga naturaleza.

¿Es extravagante, entonces, que yo, sin autoridad y con sentido común, afirme que el hombre *básico* de Tartessos, heraldo de lo que llamamos civilización, aun viva en Andalucía la baja, su patria multiseular?... ¿Queréis un modelo plasmado en evidencias?... Te lo presento, lector: se llamó en el mundo Antonio Reverte y fué matador de toros.

Cimbreño, como los juncos del Guadaira, cuando cortaba el viento de la embestida tromenda con el capote al brazo, su cuerpo armonioso parecía tallado en el canon de Policiclo. Su piel, pigmentada de bronce, se doraba con los tornasoles del día, y sus grandes ojos esmaltaban su azabache en el misterio de la noche profunda... Vino a la vida con el signo trágico de Adonis y Acteón, y murió como mueren los héroes que los dioses envidian... Las mujeres le adoraban... *Quet bel homme!*, decían las francesitas compasivas cuando le vieron, ensangrentado, en las arenas de Nimes. El *¡No te tires, Reverte!* es un grito de femenil sobresalto, y el *¡Vente conmigo!*, una declaración de amor...

Los hombres de su estirpe, los de Sevilla la llana, veían en este tipo, *antiario* por excelencia, su cuerpo y su espíritu del Mediodía, plasmado en carne solar.

Tan es así, tan se miraban en él como en un espejo, tan se reconocían en su forma y color como su arquetipo racial, que inconscientemente, al no conocer la hembra futura que le perpetuara, el cantar del pueblo —lírica flor del mito y la leyenda— le inventó una novia incorpórea, como la amada de Bécquer...

La novia de Reverte
tiene un pañuelo...

Y no sólo le inventó una novia, sino que le inventó un pañuelo...

¡Para llorar al héroe de su raza que muere sin haber vivido!

Del desván de mis recuerdos

UN PICADOR IMPROVISADO

Por JOSE SIMON VALDIVIELSO

NUESTRA fiesta de toros es, indudablemente, un espectáculo bárbaramente hermoso y fundamentalmente dramático. Pero, como en todos los dramas, juega también en él, de vez en cuando, el elemento cómico, que sirve de sedante para la angustia del que contempla la terrible pugna con la muerte, sostenida con arte y garbo por el torero, y refuerza, por virtud del contraste, la intensidad emocional de los momentos en que la tragedia va poniendo un subrayado acongojante a los más bellos aspectos de la lidia.

Hoy, revolviendo entre las innumerables cosas viejas arrumbadas en el desván de mis recuerdos, he tropezado con este pintoresco episodio que me decido a desempolvar para solaz, tanto de los que lo conozcan y recuerden, como de aquellos a quienes por su edad —¡felices ellos!— les resulte de "estreno riguroso".

El hecho acaeció con ocasión de la primera huelga de subalternos taurinos que se produjo en España. La cosa tenía una apariencia divertida, tema propicio al comentario irónico y bienhumorado; pero la verdad es que planteaba un conflicto serio, difícil de advertir, como es difícil de advertir la pena bajo la máscara grotesca del payaso.

En San Sebastián, para evitar la catástrofe económica que suponía la suspensión de las corridas de la Semana grande, se gesticó por todos los procedimientos el concurso del esquirraje preciso para salir del trance. Y se logró... hasta cierto punto. En el sector de picadores no se pudo encontrar más que dos profesionales dispuestos a cumplir en el primer tercio con todo lo que saliera por el "portón de los sustos". El problema quedó, por tanto, reducido a contratar unos cuantos figurantes que hicieran el paseillo a caballo, vestidos con su casaquilla y su calzona y tocados con el clásico castoreño para que el público no advirtiera la "falta de número" al desfilar las cuadrillas y en el transcurso de la lidia.

Uno de estos figurantes fué un popular zapatero de Ategorrieta, cuyos recelos venció un amigo suyo a fuerza de dialéctica:

—No tengas cuidado. Tú no tienes que hacer más que salir a caballo para que la gente vea que las cuadrillas van completas. De picar se encargarán los dos profesionales contratados.

—Pero...

—No seas pelmazo. ¿Te iba yo a proponer esto si hubiera algún peligro para ti? Es como si salieras a cantar un zortzico con el orfeón, y te llevas a casa veinte duros como veinte soles, que le van a venir a tu familia como la acreditada agresión pétreica en pupila de farmacéutico.

—¿Peligro o así ya dices que no tendré, pues?

—¡Ninguno!

Y el buen zapatero, donostiarra hizo el paseo en la primera corrida, erigido sobre su montura, con tan buen talante como si fuera el mismísimo Badila. Aun no existía la modificación que hace salir a los piqueros después de que se ha corrido el toro por los dobladores, y los varilargueros aguardaban en la plaza la salida del enemigo. A nuestro hombre le colocaron junto a los chiqueros, explicándole:

—Este es un sitio de absoluta seguridad. Nunca se da el caso de que el toro, a la salida, se vuelva hacia aquí; siempre se arranca fuerte hacia los medios.

Pero aquel día el toro, un hermoso ejemplar de Surga, como si le hubieran avisado de que estaba allí el zapatero de Ategorrieta, no hizo más que asomarse al ruedo, se revolvió hacia aquel lado, le metió la cabeza al jaco... ¡y proporcionó al improvisado picador la más impresionante de las costaladas!

Fueron al quite con oportunidad, y el incidente no tuvo más consecuencias desagradables que el susto y el porrazo. Tras unas frías de árnica que le suministraron en la enfermería quedó el protagonista de esta anécdota sentado en el patio de caballos haciendo filosóficas consideraciones acerca de su mala suerte, cuando llegó a sus oídos el eco de un tremendo escándalo que se producía en el ruedo. El ganado, grande y con mucha fuerza, había inutilizado a los dos profesionales de la puya, y el público pedía a coro con energuménico griterío: "¡Picadores! ¡Picadores!"

Apareció un agente de policía en el patio de caballos, que conminó al dolorido figurante:

—¡Vamos al ruedo! ¡A picar!

—¿Yooo...?

—¡Naturalmente, usted!

—¡Quia!

—¿Pero no está usted oyendo que el público pide picadores?

—¡Claro que lo estoy oyendo! Pero yo... ¡mientras no pida zapateros...!



ESTAMOS sentados frente a nuestro antiguo compañero don David A. Traynor. Don David tiene una expresión llena de mundana amabilidad. Se comprende en seguida que ha viajado mucho y está familiarizado con los ambientes más diversos. El señor Traynor es diplomático. Antes fué periodista. Y de los buenos. Durante doce años de su juventud despierta perteneció a «La Prensa», de Buenos Aires. Hoy por hoy es el ministro plenipotenciario de la República Argentina en Madrid. Mañana, su carrera le llevará a quién sabe qué países. Pero él siempre, donde se encuentre, se acordará de España. Se acordará de España y de sus corridas de toros. Don David es un aficionado. De los constantes. De los que no vacilan en emprender un viaje incómodo para ir a la Plaza provinciana, donde se anuncia un cartel de postín.

LO PRIMERO, UNA LOCALIDAD

—¿Cuándo llegó usted a Madrid, señor Traynor?
—En abril de 1945. Lo primero que hice fué sacar una localidad para la corrida que se anunciaba.
—¿Y qué impresión le produjo el espectáculo?
—Magnífica. Desde entonces he asistido a todas las corridas que se han celebrado en la capital de España, y aun he hecho escapar

CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO



Don David A. Traynor, gran aficionado a nuestra fiesta de toros, presenciando una corrida en la barrera de una de las principales Plazas españolas.

FOROS EN TUCUMÁN

—¿Qué ocurrió?
—El matador se llamaba El Gitano. Ahora, que cualquiera sabe de dónde era y de dónde habían sacado al tal Gitano.
—¿Se trataba de una corrida en serio?
—A muchos espectadores, por lo menos, se lo parecía. Desde luego, era sin caballos, y la suerte de matar era simulada.
—Una parodia, vamos.
—Claro que aquello no fué una corrida de toros propiamente dicha, pero no la puedo olvidar, porque fué la primera vez que asistí a una Plaza.

NOVILLADA EN LAS VENTAS

—Y en serio, ¿cuándo se sentó usted por primera vez en el tendido?
—¿Cuándo iba a ser? En cuanto llegué a España. Lo primero que vi fué una novillada.
—¿Quién toreaba?
—No me acuerdo. Y no es extraño, porque fué un festejo menos que corriente. No se vió nada de particular aquella tarde; pero yo quedé ganado por el ambiente, por el color, por la «temperatura» de la fiesta... Las primeras veces que vamos a los toros, lo que apreciamos es el conjunto. Luego, ya nos fijamos en

Don DAVID A. TRAYNOR
vió una parodia de corrida en la provincia argentina de Tucumán

Lo primero que hizo al llegar a Madrid fué sacar una entrada para la Plaza de las Ventas

das a Toledo, a Aranjuez, a San Sebastián, para ver a Ortega, a Manolete, a Arruza... A mi me gusta mucho ver torear a Manolete; pero quizá me hubiera gustado más de haber tenido ocasión de verle más frecuentemente en Madrid... ¿Por qué rehuye esta Plaza?
—Líos, no, don David. Aquí el que pregunta soy yo.

DONDE MENOS SE PIENSA...

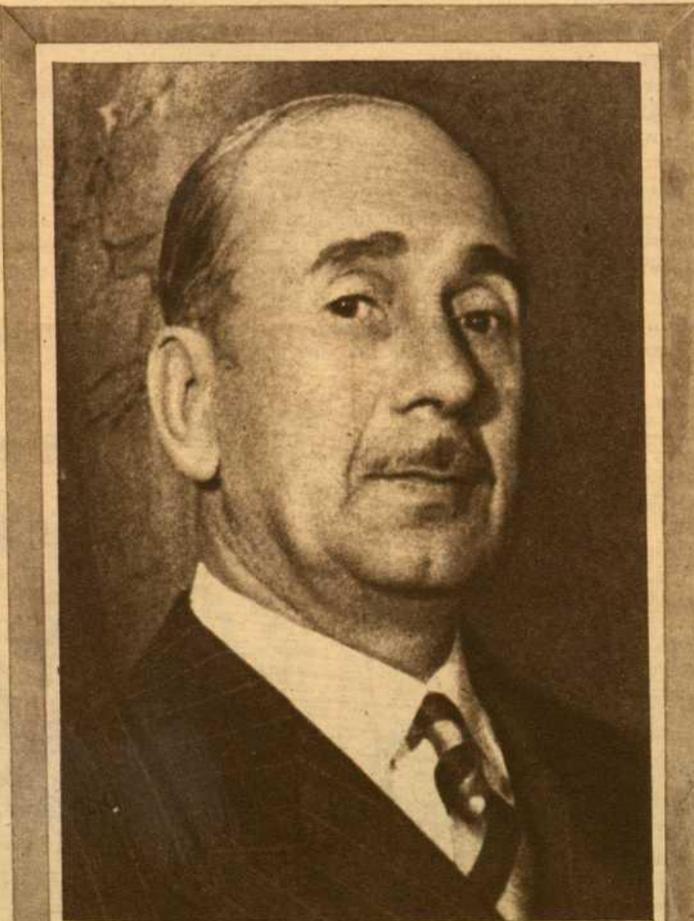
El señor Traynor sonríe, comprensivo. Luego, ya dispuesto al pequeño martirio de la interviú, nos dice:

—Bien. ¿Qué es lo que quiere saber?
—Lo que me quiera decir, y nada más. ¿Qué países ha recorrido?
—En mis misiones diplomáticas he desempeñado cargos de mi país en Bolivia, Brasil, Bélgica y otro; pero en ninguno de ellos había corridas de toros.
—¿Dónde vió por primera vez un espectáculo taurino?
—Se va usted a extrañar.
—¿Por qué?
—Porque fué en mi propio país, en la Argentina.
—Pero, ¿no están allí prohibidas las corridas?
—Por eso le he dicho que se iba a extrañar. En la Argentina, en efecto, están prohibidas las corridas de toros; a pesar de lo cual, la primera corrida que yo vi fué en la Argentina.

DE ENVIADO ESPECIAL

Esperamos que venga en seguida la explicación; pero lo que viene es una llamada telefónica. Cuando don David acaba de atenderla, le preguntamos:
—¿Y en qué parte? Porque supongo que no sería en el propio Buenos Aires.
—No. Fué en Tucumán.
—Bella región, según cuentan.
—Muy hermosa. Se trata de una provincia muy rica. En la época a que me refiero había allí un gobernador bastante... ¿cómo le diría...?
—¿Bastante... bastante...?
—Digamos bastante despreocupado.
—Lo que usted quiera.
—Aquel gobernador, de sentimientos excesivamente autónomos, había dado la concesión de una Plaza de toros.
—¿Eso era en sus tiempos de periodista?
—Precisamente. La situación en Tucumán, observada desde Buenos Aires, resultaba un poco... rara.

Entonces mi periódico, «La Prensa», me envió, allá por el año 1919, para estudiar la situación política institucional de aquella provincia. Fui a la Plaza recién construida.



El Encargado de Negocios argentino señor Traynor, asistió concurrenemente a los toros, desde que llegó a Madrid

los detalles, y acabamos por comprender lo que es una serie de naturales ligados con el de pecho. ¡Lo más grande!

—¿Lo más grande? ¿No hay más allá?
—Lo hay, lo hay. La máxima emoción está en la suerte de matar.
—¿Y estéticamente?
—La mayor belleza plástica se encuentra en la capa. Esa capa que en manos de El Albaicín o de Pepe Luis Vázquez traza maravillas.

EL AMIGO DECEPCIONADO

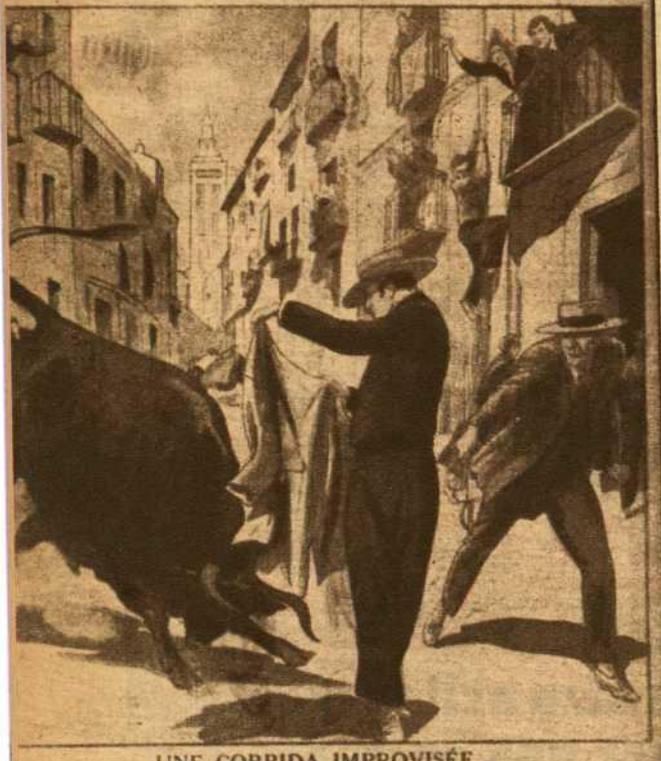
—¿Corresponde la idea que se había hecho usted de los toros a la realidad vista en España?
—Ciertamente, hasta que no llegué a este país no comprendí en todo su valor el espectáculo taurino, toda su grandiosidad, su arte, su peligro, su emoción. Me subyugó en seguida. Y me convertí en un entusiasta de la fiesta brava. Soy espectador constante de la Plaza de Madrid, y voy a muchas corridas de fuera. Creo que nadie que tenga sangre en las venas puede sustraerse al atractivo de fiesta tan incomparable. Y eso que una vez...
—Cuenta, cuenta...
—Una vez llegó un colega mío que no había visto toros en su vida. Yo le pinté, lo mejor que pude, toda la belleza de las corridas: la luz, el sol, la multitud, el paseillo... Y a pesar de que, en principio, era contrario a los toros, accedió a ir conmigo. ¡Tarde fatal!
—¿No hubo suerte?
—No hubo más que mala pata. Yo creo que fué la peor corrida de todas las épocas. Elovio. Los toreros estuvieron... lamentables. Los toros fueron malos. El público se indignó y llegó a tirar almohadillas al redondel. Una catástrofe. Y sobre la catástrofe, la sonrisa irónica de aquel amigo, al que le había dicho que como una corrida de toros no existía nada en el mundo. Ya no hubo modo de vencerle para que fuera otra vez. ¡Qué fatalidad!
Y don David A. Traynor, antiguo periodista y actual diplomático, no mira con la expresión desalentada de lo irreparable...

RICARDO ARMENTALES

(Fotos Hermes.)

Cuando los toros salen a pasear por las calles

LE PETIT JOURNAL



UNE CORRIDA IMPROVISÉE

La aventura del toro que mató Fortuna en la Gran Vía, vista por el lápiz de un dibujante francés

HA TE sólo unos días, un toro bravo atravesó Sevilla, casi de punta a punta, transeúnte por sus calles más céntricas, llevándose una muchedumbre a la carrera, por delante, en un San Fermín improvisado y nocturno, a la caza y captura de un balcón o una reja salvadora. El toro que vino a pasearse así por la calle de Tetuán y Serpes pertenecía a la ganadería de don Felipe Bartolomé e iba embarcado en una corrida para Valencia. Al parecer, en una maniobra del vagón que llevaba los cajones, se volcó uno de ellos, y al tratar de levantarlo, quedó abierta la puerta, por la que escapó el toro para iniciar su correría por la ciudad. En el total triste de ésta suman siete heridos —más o menos graves—, y un caballo muerto, en San Telmo, muerto si picador encima, con una cornada seca y dura que le partió el pecho, en la noche caliente, junto al río. Además, el toro alcanzó un automóvil —precisamente el del hijo de un ganadero salmantino—, y le tiró varios derrotes. Luego el toro, que no había encontrado ni una muleta ni un estoque oportuno a lo largo de su vagabundo callejero, se vino a morir, fusilado, junto a un bar del Parque, en una de las muertes más horribles que puede tener un negro toro de lidia.

Pero, al margen ya del «consigniente» revuelo, susto y atropello, y de todo lo que se habló en la ciudad, donde ha habido quien ha seguido viendo al toro durante algunas noches de pesadilla, queremos señalar esta falta de lidia espontánea y callejera, que por esta vez —y nada menos que en Sevilla!— no ha podido llevarse a cabo. Al estilo, por ejemplo, de la que hizo Fortuna en ple-

La faena de Fortuna en la Gran Vía, de Madrid. La vaca que quiso meterse en un cine de Barcelona y el toro que atravesó de punta a punta Sevilla

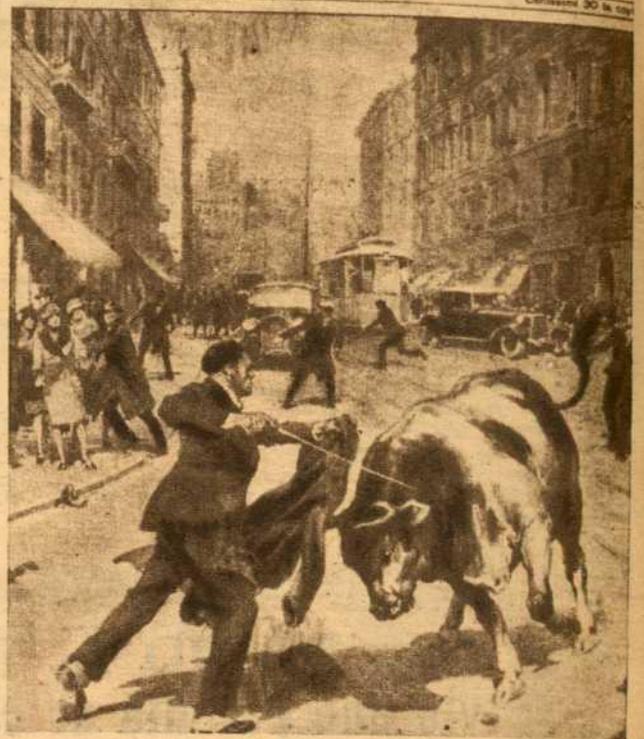
na Gran Vía de Madrid. Ya hace algunos años de eso: fué en enero del año 28, y, sin embargo, diríamos que fué ayer. Aquel toro se desmandó, y desde la carretera de Extremadura se plantó en el centro de la capital, donde Fortuna, tras pintoresca lidia, lo estoqueó como un maestro, hasta dejarlo patas arriba sobre el adoquinado de la calle. Pero en esto de las salvaciones urbanas de las reses que se vienen a correr por la ciudad hay algo maravilloso en el siglo pasado. Nos referimos a un dibujo de Daniel Perea, en *La Lidia*, de 1889. Por una calle de uno de los arrabales de Nueva York, una vaca emprende una vertiginosa carrera y se lanza contra una pequeña niña, que juega, indiferente a todo, en el centro de la vía. Pero, en esto, surge «la providencial intervención de una intrépida amazona —transcribimos textualmente—, que, aperebida del peligro, corrió al alcance de la res, cortándola el viaje por medio de un pañuelo, certeramente arrojado entre los cuernos y afianzando, con pasmosa agilidad, con una mano a la pequeña niña, mientras con la otra «detenía al bruto», ante la «admiración y el aplauso de vecinos y transeúntes».

Quisiera que vierais el dibujo, que muestra también como se escribía entonces, que el maestro Perea sabía interpretar con acierto pasajes de dramática estructura y escenas de delicadeza y sentimiento. Además, en aquel año de 1889 hay otros dos dibujos de Perea relativos a toros desmandados por las calles. Uno, el famoso de Tortosa, que vino a interrumpir una serenata que se daba a un personaje, y no hay que añadir que «malográndola»; otro, el de una vaca que se metió en

En realidad, lo ocurrido no pasó de esta modesta fotografía, en la que Diego Mazquiarán aparece rodeado del público que presencié la hazaña



LA DOMENICA DEL CORRIERE

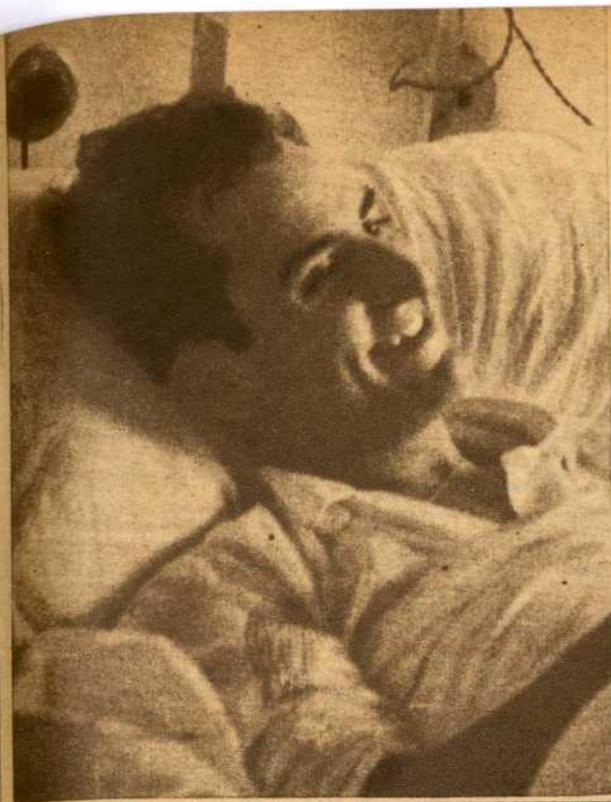


También en Italia se dió una interpretación gráfica del toro muerto a estoque por Fortuna en Madrid

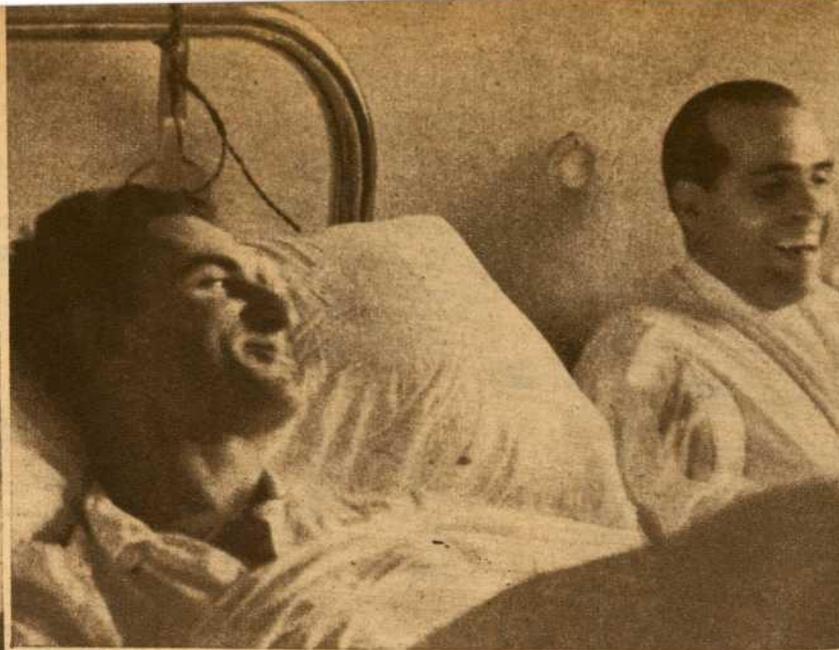
Madrid, y a la que hubo que matar a tiros, junto al Circo Hipódromo, por la Guardia civil y municipal, después de sembrar el «desconcierto en toda la Villa y Corte». Pues bien; Daniel Perea ha dibujado esos dos momentos, el del toro embistiendo a los murguistas y la vaca que muere ante los disparos, por entre los árboles y los faroles de gas de un paseo madrileño muy siglo diecinueve.

Claro que en esto de los toros desmandados, turistas, por unas horas, de la vida municipal, sería un capítulo muy largo de contar. Son innumerables los que se recuerdan, y algunos de ellos curiosísimos. Por ejemplo, aquel de Barcelona, en diciembre de 1930, que en lugar de irse al Matadero se vino a colarse en el Cine Pémima, y cuando la función estaba en su mejor momento. Gracias a que este insospechado espectador, ante el natural espanto de los otros espectadores —de los que habían pagado en la taquilla y esperaban, dentro, la posible cornada en el vientre—, se dedicó a lanzar por alto las figuras de madera del vestíbulo, y al cabo de un rato volvió a marcharse, tal como había entrado, a seguir su correría por las calles. De los últimos, fué el de un toro manso que en Madrid, y en 1943, se metió en un Metro —era un toro enamorado del viaje subterráneo— y tuvo que ser apuntillado allí. Pero hoy, el último suceso, en verdad, es este de Sevilla: suceso con campanillas, con toro bravo y de pitones, con heridos y caballo muerto, con carreras y gritos, pero al que le ha faltado ese gesto antiguo y hermoso de la lidia espontánea y callejera, de la corrida imprevista y del matador popular.

JESUS DE LAS CUEVAS



Juanito Belmonte en la clínica del doctor Luque, convaleciente



El diestro sevillano, con su eterna sonrisa, en un momento de su charla



«No sabe usted lo difícil que es el esperar cuando se tiene afición»

MIENTRAS BELMONTE CONVALICE

Regresé muy tarde a España para torear en la pasada temporada, nos dijo JUANITO BELMONTE

El próximo mes embarcará para Lima, donde toreará SOLO CUATRO CORRIDAS

Y en seguida de vuelta, para empezar en las FALLAS VALENCIANAS

JUANITO Belmonte, deliberadamente, guardaba el mayor silencio alrededor de él mismo.

—Cuando el torero vive alejado del ruedo —me decía—, nadie le recuerda. ¿Y por qué iba a ser yo una excepción?

No sé hasta qué punto Juanito Belmonte tiene razón. Quizá sí y quizá no, porque Juanito, que no había toreado en la temporada pasada, no vivía alejado de los ruedos. El no se había vestido de luces, pero tampoco se había alejado de los aficionados para que nosotros le olvidásemos.

Desde aquella mañana cenicienta de Bilbao, en que quedó atracado a los muelles bilbaínos el *Monte Albertia*, que nos devolvía al hijo de Belmonte, triunfador por tierras americanas, en una nota de actualidad, hasta este día de otoño, en el que le hemos vuelto a ver hospitalizado en el Sanatorio del doctor Luque, hay un largo puente de deliberado silencio.

Como si Juanito Belmonte hubiese querido vivir para él solo sus ilusiones y sus sueños. De este silencio le hemos devuelto al primer plano del día, tal vez contra su voluntad.

Pero es que Juanito Belmonte tiene una personalidad tan acusada, retiene tantas ilusiones, que lo absurdo y la ingratitud hubiese sido dejarle marchar otra vez a Lima sin hacerle presente que se le recordaba.

Hace unos días, el doctor Zumel operaba a Juanito Belmonte. Una hernia que había que extirpar en el mismo sitio que aun no hace mucho tiempo cicatrizaba una cornada. La operación, satisfactoria, había devuelto la alegría a todos los amigos que le acompañaron junto al lecho de la clínica del doctor Luque.

Y Juanito Belmonte, con la sonrisa eterna en los labios, se apresuró a decirnos:

—Esto no ha sido nada. Conmigo han realizado esa operación que se lleva a efecto con los barcos que salen del puerto para una larga travesía: limpiar fondos. Pues bien; a mí también me han limpiado de algunas cosas que me sobraban: de una hernia. Con la casualidad de que yo también voy a hacer una larga travesía: me voy a Lima.

¿Para mucho tiempo?



Juanito Belmonte, bajo la mirada vigilante y cariñosa de su madre, habla de sus ilusiones para EL RUEDO

—Sólo el tiempo necesario para torear cuatro corridas. Porque no quiero que me vuelva a ocurrir lo de esta temporada.

—Que no has toreado en España.

—Exactamente.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo. Cuando regresé yo de Lima, había empezado ya la temporada; se habían celebrado las Ferias de Valencia y de Sevilla. Y todos los carteles ferriados estaban ya ultimados. De haberme decidido a torear, tenía que haber aceptado corridas que no me interesaban y que no ofrecían mayores posibilidades de éxitos. Y para cumplir solamente, creí que lo más oportuno era el no vestirse de luces y esperar.

—Pero al final, contento, Juanito, ¿no es eso?

—Sí; ahora estoy muy contento y comprendo que hice lo mejor. Lo que más me convenía.

—¿Marchas pronto a Lima?

—Si aseguro los pasajes en el Clipper, marcharé en el mes de enero. Y si no puedo conseguir estos pasajes, embarcaré en la primera quincena de diciembre y haré la travesía en barco.

—¿Llevas muchos proyectos?

—Proyectos, ninguno. Pero ilusiones, muchas. Y un pensamiento único: regresar pronto.

—Más tarde, cuando estés ya otra vez con nosotros, ¿proyectos muchas cosas?

—Procuraré torear todo lo que pueda. Mi ilusión es torear mucho y desquitarme de esta temporada pasada, en la que sólo he visto los toros desde la barrera.

—¿Dónde te gustaría reaparecer?

—Si las cosas se resuelven como yo quiero, pienso reaparecer en las fallas de Valencia. Y si esto no es posible, en la Feria de Sevilla.

—¿Y luego?

—Seguir toreado. Que es mi única ilusión.

—Esta temporada de inactividad, ¿no te restó facultades o afición?

—No me restó en absoluto nada. No he dejado en ningún momento de entrenarme; he toreado en muchos festivales y me encuentro muy bien. En cuanto a la afición, la mía es hoy mayor que nunca.

Casi de rondón han entrado en la habitación número 20 la madre del diestro sevillano y su apoderado, don Joaquín Gómez de Velasco. Hicieron su entrada silenciosamente, porque creían a Juanito descansando. Y cuál no sería su sorpresa al verle en animada charla con nosotros.

Juanito Belmonte preguntó:

—¿Qué hora es ya, mamá?

—Han pasado ya algunos minutos de las tres y media.

—Bueno, pues mandar que traigan la camilla, porque yo quiero ver, desde una ventana, el partido Sevilla-Atlético Aviación.

Y hubo que traerle la camilla. Acercarle al ventanal y darle unos prismáticos para que siguiese las incidencias de la pugna deportiva.

El hijo de Belmonte me aclaró:

—Me gusta mucho el fútbol y soy un entusiasta del Sevilla. Y quiero ver por mis propios ojos si el Sevilla puede seguir imbido en la Liga.

Y don Joaquín Gómez de Velasco, y otros amigos que llegaron después, no quisieron comprenderle.

—¿Hombre, Juanito!...

Y Juanito Belmonte, sin abandonar su risa, explicaba:

—¿Sabes...? Es que he apostado con Paco Urquijo —que es entusiasta del Aviación— un empate... Luego resultaría que había acertado.

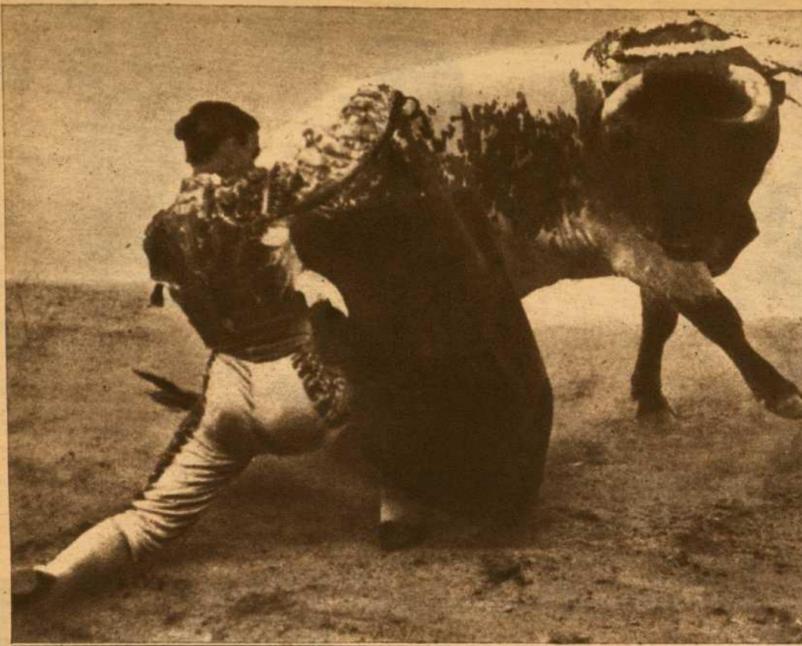
CRUZ ERNESTO FRANQUET

Aficionado al Fútbol, sigue las incidencias del encuentro Sevilla-A. Aviación



«Quiero regresar pronto, para poder empezar en las Fallas de Valencia» (Fotos Manzano)





Joselito adornándose con la muleta de una forma muy característica en él



Joselito con Limaño y Magritas.—Abajo: Un adorno ante la cara del toro (Fotos Baldomero, Vidal y Vaquero-Rodero)



CAPITULO XX

NO le vi más, según ya dije en el capítulo anterior; pero volví a oír hablar de él como nunca quisiera haber oído.

—Han matado a Joselito en Talavera de la Reina.

Me daba la noticia el conserje del teatro Olimpia, de Valencia, donde me hallaba a la sazón dirigiendo mi compañía dramática, y yo al pronto pregunté sorprendido, sin querer creer:

—¿Que lo han matado? ¿Y quién? ¿Por qué?

—¡Lo ha matado un toro!

Y yo no creía, no podía creer. Y no porque hubiera supuesto jamás que el menor de los Gallo no pudiera morir en las asías de un toro que muchas veces lo pensé, pues que si mucho sabía, mucho se arrimaba y exponía, sino por esa protesta natural del sentimiento y de los nervios, que nos lleva, prescindiendo de la razón, a juzgar inverosímil y absurda la muerte de una persona a quien se quiere, y así, con ese lugar común desazonado y frecuente en casi todos los que reciben de un modo inesperado una noticia de esa índole, todavía exclamé:

—¡Imposible! ¡Si ayer le vi tan bueno!

Y así era la verdad: que le había visto, si no ayer precisamente, tres días antes, gallear a cuerpo limpio en un toro en la sueta de banderillas, con esa alegre seguridad de la cual se había llevado a la tumba el securo. Yo tampoco supe acordarme del afortunado de Pero Gallo, exacto como todos los suyos: "Nadie se muere la víspera."

Sali del teatro para ir hacia el Club Gallito a obtener la noticia exacta y con pormenores, y durante el trayecto, al pasar delante de algunos grupos, oí por todo comentario, la noticia escueta, que muchos pronunciaban con mi misma asombrada incredulidad. ¡Joselito ha muerto en Talavera de la Reina! Un enorme gentío se apiñaba a la puerta del Club, donde, como una lápida mortuoria, se exhibía la copia del telegrama de Blanquet: "Estamos velando el cadáver en la enfermería", rezaban las letras en tiza, blancas, sobre el fúnebre negro de una pizarra. Allá adentro, en el vestíbulo del Club, en una ampliación fotográfica de la alternativa de José el abatazo de los dos

JOSELITO

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE

le recuerda, sin que nadie pueda hablar de su decadencia. Porque no decayó; se fue.

—Eso está muy bien dicho—corroboró Rafael, y callamos todos. Rafael apuró un sorbo de café encendió un nuevo pitillo con la colilla del que había apurado hasta quemarse los dedos, se quitó el cordobés y se acarició con un movimiento patudado y amplio la cabeza, pequeña y monda, de filósofo romano. Sobre el toro moreno de la calva fulgían como soles minúsculos las gemas de sus anillos. Y el padre del Almendro seguía murmurando: "¡Pobrecito! ¡Pobrecito!", como en una letanía.

Aquella tarde obtuvo Rafael uno de los más grandes triunfos de su vida torera. Cuando fui a felicitarle al hotel hallé a Parrita en la escalera. Me cogió las manos con desesperación y rompió a llorar copiosamente.

Me conmovió su dolor y le pregunté, por decirle algo:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Escribame un prólogo para un libro sobre José que voy a hacer. Se lo prometí, y de dicho libro copio, sin quitar ni poner, para no turbar la ingenua y conmovida sencillez, su relato de la última cogida de José:

"A la hora anunciada, con un lleno completo, empezó la corrida. Lidiándose los tres primeros toros sin poder hacer nada extraordinario, a pesar de los buenos deseos de los matadores, pues aunque a parte del público le parecían bravos por lo contentos, salieron malos, broncos y con poder.

En el cuarto, que se prestaba a poder hacer algo le dio Ismael: "¿Qué te parece? ¿Le banderilleamos?" Contestándole: "Lo que tú quieras." Entonces aquel avisó a Joselito que iba a entrar por delante, colocándole un gran par, siguiendo éste con uno enorme. Volvió a entrar Mejías con uno de dentro a fuera, cerosal, cerrando el tercio Joselito con uno muy bueno, oyendo por ello la última ovación que recibió en su vida. En este momento se le cayó la faja—cosa rara en este torero—; la cogió y la tiró, no volviéndose a poner.

Salió el quinto, bronco, con poder, algo buericeño, pero muy cierto, tropezando con los caballos, pues mató cinco en las cinco varas que tomó. En banderillas estaba nervioso y difícil. Joselito empezó a borearse—tratando de apoderarse de él— muy valiente, tentándole casi dominado. Estando Cuxo a un lado y Blanquet a otro, les dijo: "Cortarse; dejarme solo con él." Empezó a darle pases de tirón, volviendo el toro a las tablas, dándole con la muleta en la cara. Notando que

hermanos, que en la ocasión fuera como un buen augurio, parecía haberse transformado en el abtazo de la última despedida.

Era una noche de primavera, clara y ardiente, en Valencia florida y aromosa; pero toda Valencia estaba triste.

No pude trasladarme a Madrid por ineludibles obligaciones de mi negocio teatral, y me limité a enviar unas flores sin dar pésame a nadie. Y pasaron los meses, hasta que una mañana de domingo encontré a Rafael. El Gallo, a la puerta del Hotel de Oriente, en Barcelona.

—¡Adiós, amigo!—me dijo—. ¿Me acompaña usted a echar un paseo?

¡Accedí. Como todas las mañanas de los días en que había de torrear, y toreaba aquella tarde, El Gallo salió a tomar unas docenas de tazas de café y a fumar un centenar de cigarrillos. En la terraza del Royal nos sentamos el gran torero clásico, el padre de su banderillero Enrique, El Almendro, tío de los Gallo, y quien esto escribe. Yo no quise darle el pésame para no hablar siquiera de aquello. Me parecía inquietante, embarazoso, fuera de ocasión; pero Rafael hizo reoer en su pecho hermano muerto la charría, y empezó a narrar muchas de sus proezas.

—No hay más remedio que hablar de él—exclamó—. Hay que hablar siempre; no se puede dejar de hablar. Cuando un hombre noble y bueno ha vivido cerca de nosotros, ya no se va nunca del todo.

Yo terminé el pensamiento.

—Deja detrás de sí un halo luminoso, una estela; como esas estrellas cuya luz aun vemos los de tierra durante muchos siglos. Es un pensamiento de Cardya.

—Yo no sé quién fue ese señor; pero créame usted, amigo: el mejor de todos fue Lagartijo; ahora, que como mi hermanito no ha nacido otro ni nacerá.

Sincret sin poderme contener ante la salida de Rafael, y volví a ponerme serio de pronto, porque el padre del Almendro murmuró con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Pobrecito!

Rafael hablaba de José lleno de admiración y entusiasmo; casi sin pena, como si estuviera vivo, como pudiera hablar un general de un camarada que murió en campaña.

—¡Pobrecito!—repetió varias veces el señor Ortega.

—¡Faltó él!—exclamé yo—. No murió de un cólico ni de un susto, ni en su cama como un buen burgués; cayó en la lid, a pleno sol, en plena primavera y en pleno triunfo. Murió exacto e íntegro, y así se

el toro veía mejor desde lejos, se retiró, arrancándose en este momento rápidamente; entonces le adelantó la muleta para vaciarlo; el toro no obedeció, quizá por el defecto de la vista, enganchándose con el pitón izquierdo por el muslo derecho, y en el aire se dio en el bajo vientre la horrible cornada que le produjo la muerte.

La impresión fue tremenda. Cayó encogido, rebotándose el toro por encima. Acudieron a levantarlo. Entonces, echándose las manos al vientre, dijo: "¡Ay, madre mía; tengo fuera los intestinos!" "No", contestó Blanquet. Con una mirada que no se borrará nunca de mi memoria me dijo, desfallecido: "¡Mascarell! ¡Mascarell!", echando acto seguido la cabeza sobre su hombro izquierdo, en el preciso momento que caía desplomado, en brazos de la cuadrilla, con un fuerte colapso.

Le llevaron a la enfermería, tendiéndole en la mesa de operaciones, rasgándole rápidamente sus ropas. Viendo los médicos que por la herida del vientre le salía todo el paquete intestinal, velozmente se lo introdujeron. Acudieron Camero, Parnesio y su hermano Fernando, al que no dejaron entrar. Estaban curándole los doctores Sanguino, Ortega, Luque, Muñoz, Pajares y Pastor. Entre ellos se encontraban los que habían llegado de Madrid para ver la corrida, llevándose a la Plaza en automóvil. Empezaron a reconocerle. Viendo que le acometía otro colapso, dijo uno de los médicos: "¡A él, a él, que es lo importante; dejad ahora la herida!", poniéndole al mismo tiempo numerosas inyecciones en los brazos y los costados. Joselito abrió los ojos, desfallecido, diciéndole a Blanquet: "¡Suelta! ¡Me ahogo!". Estas fueron sus últimas palabras.

Hasta aquí la narración de Parrita. De lo que yo pude recoger de otras fuentes; de lo que ocurrió en la casa de Gallito después de la corrida del día 15 en Madrid; de algunas peripecias del viaje; y de las muchas causas que por el estado de ánimo del torero y por circunstancias especiales influyeron en el fatal desenlace, se enterará el lector en el próximo artículo, que acaso sea el último de estos apuntes para una biografía del que fue el torero más amplio y completo de todos los tiempos.

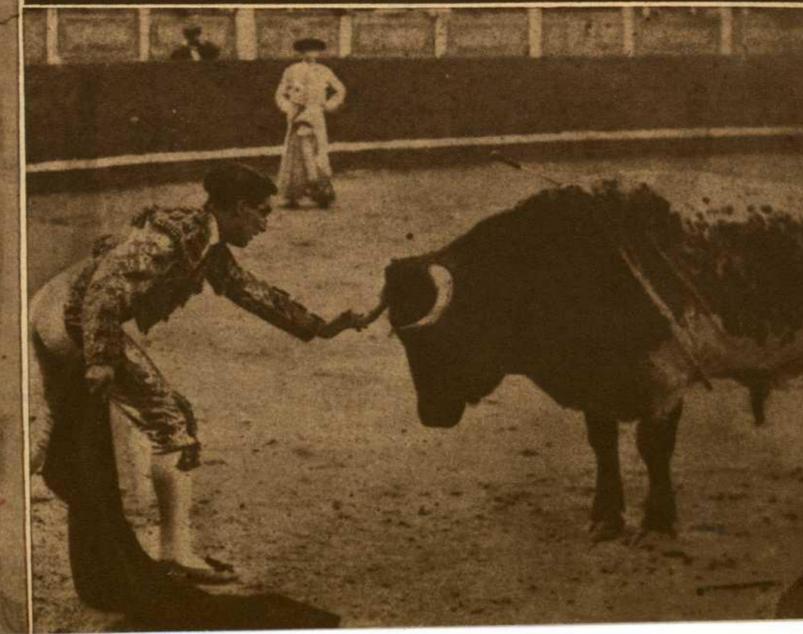
(Continuará.)



Joselito entrando a matar el toro en su sitio



El maestro de felvos en el hotel con un amigo.—Abajo: Joselito, después de entrar a matar, toca los pitones al toro



TRANSCURREN los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX, cuando Vicente Esquivel, hijo del famoso pintor romántico Antonio María Esquivel, que ha heredado de su padre la vocación artística y creadora, sorprende al público y la crítica con sus primeros cuadros y esculturas. Le apoya en su carrera el prestigio de un apellido insigne en la Pintura, cuyos orígenes hay que buscar en el lejano siglo XVI, en que el apellido se fusiona y entronca con el arte.

Vicente Esquivel, cuya infancia, como la de su hermano Carlos María, también pintor, ha transcurrido en el natural ambiente artístico que domina en la familia, siente la influencia y atracción del medio que le rodea. Por su casa desfila lo mejor y más florido de la sociedad española; ante el caballete de su padre posan las más ilustres figuras de la época, mientras los pinceles de aquel famoso Antonio María van dejando en el blanco lienzo, con maestría inigualable, la efigie embellecida y aristocratizada de tantas damas y caballeros que llenaron de relumbrón una fase española sentimental y plañidera, encantadora y antiiconoclasta.

Es indudable que el medio ambiente influye en el espíritu y en el temperamento. La sensibilidad se agudiza y exalta, decae o deprime, según las costumbres y enseñanzas que rodean. Así, Vicente Esquivel, prendido en la luminosidad radiante del arte y los halagos de la fama, en la brillantez de una carrera que tan propicia y afortunada fuera a su progenitor, da a pintar con un afán muy notorio de ser su fiel y aventajado discípulo.

Los tiempos no son los mismos, ni es igual, por desgracia, el arte que impulsa y maneja los pinceles. Van quedando atrás los años de lucha y entusiasmo román-

EL ARTE Y LOS TOROS

VICENTE ESQUIVEL TAMBIEN PINTO UN CUADRO DE TOREROS

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

tico; retornan los espíritus a la placidez serena de la normalidad artística y literaria. La influencia extranjera, especialmente francesa, se desvanece, y va desapareciendo, poco a poco, vencida por un españolismo que resurge, como en 1808, con nuevos pero más serenos bríos. Vicente Esquivel da a pintar retratos. Es inteligente y conoce la técnica del dibujo de figura, que ha practicado con exceso en las Escuelas de Bellas Artes de Cádiz y Sevilla, pero no le acompaña igual suerte que a su padre. No quiere ello decir que su pintura sea mala. Pinta también cuadros de costumbres, y

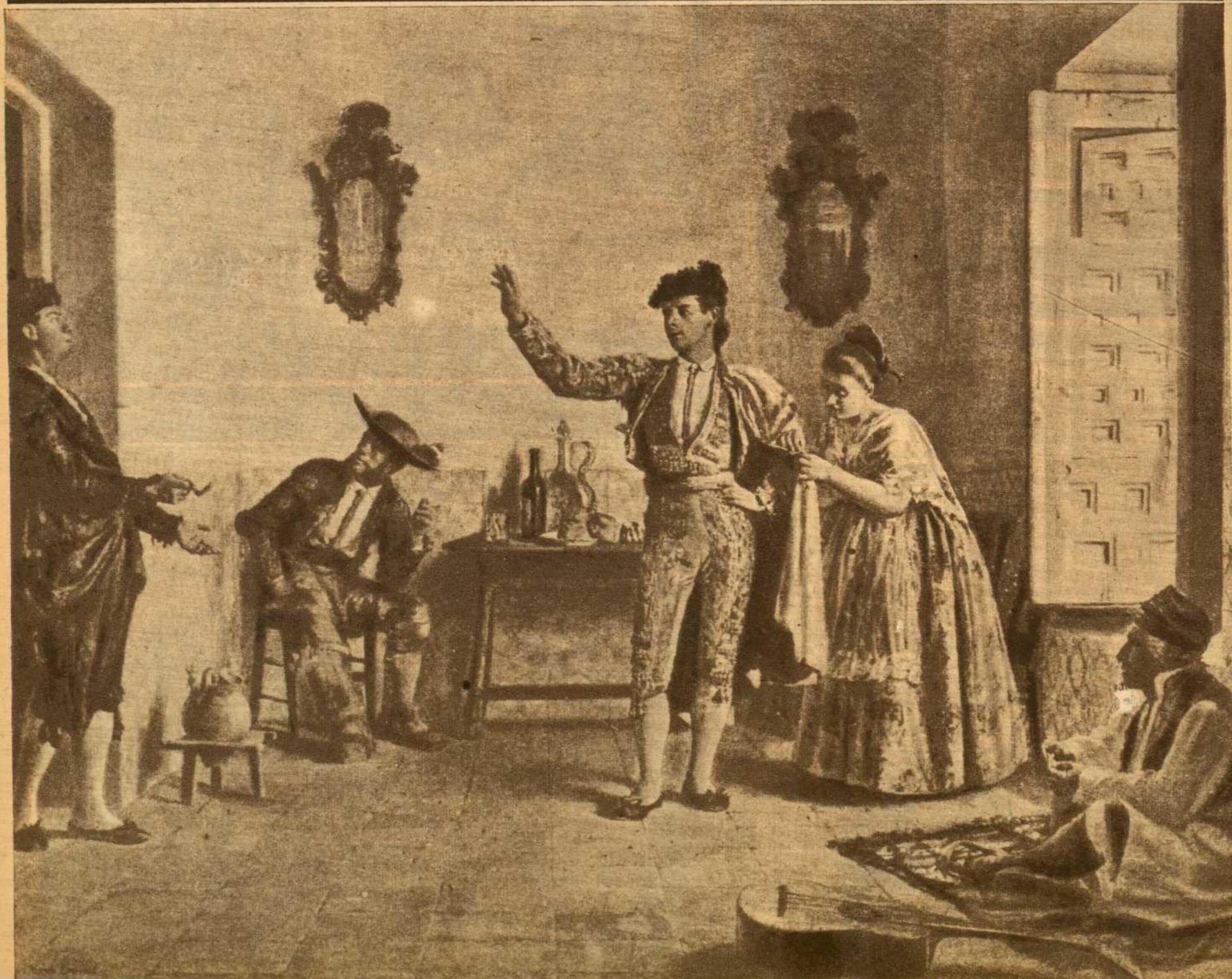
de ellos, uno de los mejores, el que ilustra esta plana: «Arreglo del torero antes de la corrida», pleno de belleza, lleno de simpatía y atracción, encantador y sugestivo de asunto, desarrollo y tema.

Ha llegado la hora de la corrida. El diestro, el espada famoso, se dispone a salir para la Plaza, cuando un detalle del capote obliga a su joven y bella compañera, tal vez la novia o tal vez la esposa, con típico traje de valenciana, a enhebrar la aguja y dar una puntada al oro rutilante, que se descose. Mientras tanto, el picador fuma tranquilamente. ¿Por qué ha de tener prisa si no la tiene el maestro? Llega un peón o banderillero y, alarmado por la hora, enseña, nervioso y preocupado, su reloj de tapas. «¡Espera!...», parece decirle el espada.

Toda esta escena encantadora la recogió Esquivel con acierto incomparable. Sobre una cómoda o consola, la estampa de una Virgen de la Paloma. A los pies, sentado sobre una alfombra, un viejo valenciano lla y prepara un pitillo, mientras, curioso y expectante presencia, con machacona serenidad, la escena. ¿Es en Madrid o en Valencia? Posiblemente, en la entonces Villa y Corte de nuestros milagros. El ropaje de la dama y el anciano no es sino un pretexto del pintor para buscar una mayor riqueza y colorido en el vestido, en consonancia y armonía con las tres gamas multicolores y brillantes del tranquilo picador y los toreros.

Elogios sin reservas merece este cuadro, en el que va unido el prestigio y maestría de un pintor, cuyo apellido tan afinado está en la historia de nuestra pintura. Cuadro hermoso que merece figurar como muestra y tipo cuando haya que hablar de las excelencias de la pintura taurina.

«Arreglo del torero antes de la corrida», cuadro de Vicente Esquivel, lleno de gracia y simpatía



A los catorce años, JOSE NIETO debutó como novillero en Vista-Alegre

Se llamaba Josele y le echaron un toro al corral



ESTE mozo, alto, fuerte y moreno, es Pepe Nieto. Si no fuera un artista tan popular que cuando va por la calle, todos los transeúntes le identifican en seguida, se le podría tomar por un torero retirado, tal vez por un joven, señor del campo andaluz, que pasa unos días en Madrid. En tiempos pasados, Pepe Nieto soñó con las glorias taurinas, y con un poco que le hubiera ayudado la suerte, es posible, casi seguro, que ahora fuese, en efecto, ese torero retirado que parece. Pero la fortuna no quiso ayudarle en sus correrías juveniles por Plazas y capeas, y Pepe Nieto comprendió a tiempo que él no iba a darles, a

aquellos trajes de luces alquilados que se puso en varias ocasiones, el brillo de que carecían sus caireles. Y así, Pepe Nieto se convenció sensatamente, pero con amargura, de que en las Plazas su puesto estaba en el tendido y no en el ruedo.

**

—¿Quiere que recordemos su debut en Vista-Alegre? Ya sé que no le será agradable, pero...

—¿Y por qué no? Los recuerdos, en la distancia, pueden cambiar de aspecto. Lo que ocurrió aquella tarde, me ocasionó entonces un disgusto cuando, el mayor que se me podía dar, ¡como que significaba el derrumbamiento de todas mis ambiciones! Pero hoy ya es sólo una anécdota en mi vida.

—¿Cómo fué el ocurrirsele ser matador de toros? —De una manera muy natural. Mi abuelo tenía negocios de ganado y carnes y mi padre se asociaba en empresas taurinas por las Plazas de la Mancha. Los dos eran grandes aficionados y entendidos, y en mi casa se hablaba constantemente de toros y de toreros, se describían faenas y hazañas en los ruedos. Me crié en este ambiente, oyendo contar episodios taurómicos y andando entre toros, lo que me dió cierta confianza en mí mismo. En los corrales, con algunos amigos, daba capotazos a las reses. Ese fué mi entrenamiento.

—Pero el debut...

—A él vamos. Fué debut y casi despedida. Desde luego, en Vista-Alegre ya no se les ocurrió contratarme más, a pesar de que yo no era un torero caro, ni mucho menos.

—¿Cuánto cobró usted?

—Por parte del toro, bastante. Por parte de la empresa, nada. En aquellas corridas de novilleros modestos, lo más que se podía conseguir era que la empresa abonara los gastos, es decir, las doce pesetas con cincuenta céntimos que costaba el alquiler del traje en la calle del Ave-María. En muchos casos, este capítulo corría también de cuenta del espada.

—¿Y cómo se anunciaba usted en los carteles? —Como José García, Josele, de Murcia, y «nuevo en esta Plaza».

—¿No hubo suerte?

—En absoluto. Ahora ya se puede decir que me echaron un toro al corral.

—¿Un toro? ¡Ha dicho usted un toro?

—Bien. Era una novillada sin picadores. A lo que se me fué a mí vivo se le llamaba entonces un novillo y hasta un becerro. Pesaba sus doscientos kilos, y yo tenía mis buenos catorce años. Con la capa estuve aceptable, pero con la espada fué un desastre. Y es que para mí esto de matar ha sido siempre difícilísimo. Como lo de poner banderillas, a pesar de cuanto se diga.

—¿Fué entonces cuando decidió retirarse?

—No. Allí, de lo que me convencí fué de que el torero no era tan fácil como se me había antojado. Aun toré por algunas Placitas de los alrededores de Madrid, entre ellas la de Majadahonda. Recuerdo ésta, porque también aquí me echaron otro toro al corral.

—¿Pero, hombre!

—¿Qué le vamos a hacer! El acero, que debía ser la perdición de mis enemigos, fué sólo la perdición mía. También fui a capeas, pero tuve que desistir, porque los garrotes de los catetos eran más temibles que los cuernos de las fieras.

—Según su experiencia, el torero es un arte difícilísimo.

—No sabe usted hasta qué punto. Además, es un camino duro de recorrer. He torreado mucho y torero en festivales y tientas. Mis amistades me han proporcionado lo que en mi época de torerillo anhelaba con toda mi alma. ¡Por torrear entonces un becerro hubiera ido andando hasta Sevilla!

—¿Qué tipos taurinos ha interpretado en sus películas?

—En *La malcasada*, aquella película cuyo argumento estaba sacado de la vida de Rodolfo Gaona, hice un matador de toros, y en *La Bejarana*, yo era el mayoral de una ganadería. Por cierto que con motivo de esta película, en la que yo tenía que montar mucho a caballo, se descubrieron en mí unas excelentes facultades para la suerte de picar. ¡Lo que son las cosas! Yo, que había acariciado la idea de ser un diestro de fama, para lo que servía en verdad era para picador. ¡Qué desengaños se lleva uno! Y todo por no saber manejar el pincho. ¡Si yo hubiera acertado a la hora de matar!...

—Mucha importancia le da usted al estoque.

—La que tiene, y nada más. Matar bien es privilegio de unos pocos. La estocada que a mí más me ha entusiasmado es una que dió Gavira. Gavira era un torero poco fino, pero en la suerte suprema se entregaba de verdad. Se había ya retirado del torero, puede decirse, y se encontraba en días crueles, sin recursos y a punto de quedarse cojo a consecuencia de una ciática. Se organizó una corrida en su homenaje y beneficio, y en esa corrida, a la hora de matar, Gavira, que apenas podía moverse ya de fatiga, hizo un supremo esfuerzo, se perfiló, lanzó al tendido el «¡a ver si se mata así!», y hundió el estoque hasta el puño. El toro quedó en pie, inmóvil, un momento antes de caer, y Gavira, frente a él, lloraba como un chiquillo, mientras a los espectadores, puestos en pie, nos ganaba también la emoción del momento.

—¿Antes era usted joselista o belmontista?

—No, no. No me ponga ningún «ista» o póngamelos todos. En la época por la que interroga fuí joselista y belmontista, como ahora soy «ista» de todos los toreros en las tardes en que quedan bien, lo que equivale a no ser «ista» de ninguno. Los tiempos de Juan y José fueron magníficos para el torero; eso, sí. Y fueron distintos a los de hoy, como eran distintos a los del Guerra. ¡Aquel pase de pecho de Juan! ¡Pues y aquel par de banderillas de José, aquel par en el que hacía dos quiebrros, el primero en falso, y que nadie ha vuelto a repetir?... En realidad yo pienso que no hay torero mejor ni peor, sino torero de una época y de otra, estilos que corresponden a la evolución normal de la fiesta, a su desarrollo constante... Lo que sí creo que se ha perdido es el olor a torero.

—¿Quiere decir...?

—Que el torero antiguo lo era dentro y fuera de la Plaza: en el vestir, en sus costumbres, en los ambientes en que vivía. En este aspecto, los diestros actuales han seguido una pendiente de claudica-



ciones. Van a la Plaza en gasógeno, llevan gabardina... Y a no pujan el mejor caballo de la feria, sino que se compran una motocicleta. Antes se hablaba de la escopeta de Gallito, del reloj de Paquiro... Los toreros más toreros han sido el Guerra y Joselito, que lo eran en cualquier momento, hasta cuando se afeitaban... Eso es lo que yo echo de menos en el torero del día: el ambiente perdido, el de que a los espadas, en su vida particular, no se les note que son toreros.

—¿Qué clase de espectador es usted?

—Un espectador muy desgraciado, porque disfruto menos que los demás, a pesar de que pago la entrada como ellos y sigo esa pequeña peripecia que significa, en cuanto el cartel es mediano, el conseguir una entrada. Soy violentísimo. Me excito contra las intervenciones de espectadores que no coinciden con la mía, y he de hacer verdaderos esfuerzos para evitar las discusiones, lo que no siempre consigo, porque la fatalidad me coloca siempre delante o detrás de un «pelmazo». Además, como a lo mejor soy amigo de los tres matadores, no puedo exteriorizar con completa sinceridad mis opiniones, y aun tengo que regular el aplauso, de modo que todos queden satisfechos de mi «actuación» de espectador para que no me puedan decir luego que por qué no he pedido la oreja.

—¿Le falta algo a la fiesta?

—Sí. Les falta a los toros casta y temperamento. Molesta y aburre verlos caerse tanto. Grandes o pequeños, es igual. Las grandes cornadas las puede dar un becerro, y ahí tiene, por ejemplo, la de Fuentes Bejarano hace dos años y la reciente de Gallito Chico. Pero estos toros de ahora son flojos y por ellos se va a la sosería de la fiesta.

—No obstante, se ve cosas cuando a un matador le sale un toro de suerte...

—¿Y qué es el toro de suerte? Porque para mí ese toro es el que permite ir al torero a su casa, en lugar de mandarlo al hospital. Ese toro que empuja y trompica y prende y sueita, sin llegar a calar con el cuerno en ninguna ocasión... ¡Ese sí que es un toro de suerte!

—¿Y del público? ¿Quiere decir algo?

—Que chillaba demasiado. Y no acierto a comprenderlo, porque estoy seguro de que gran parte de los espectadores han probado en alguna ocasión a torrear, y se han convencido de lo difícil que es. Cuando los toreros no están bien, bastante desgracia tienen. Porque yo no creo que ninguno de ellos, cuando está delante del toro, esté pensando en defraudar al público. En el momento de torrear si el toro embiste se experimenta una sensación incomparable, una satisfacción sin límites, como aquella que sentía Belmonte en una gran faena que realizó en Bilbao. Cuando el toro rodó muerto y la gente se ponía en pie para aclamarle, Belmonte lloraba aún la alegría de aquella emoción que había experimentado él solo, cuando torreaba a placer, a gusto, olvidado de cuanto le rodeaba...

¡GRAN CONCURSO!

COÑAC

CENTURION

ORGANIZADO POR LA CASA PALOMINO & VERGARA-JEREZ

BASES



1.^a Los concursantes deberán contestar las dos preguntas siguientes:

a) La etiqueta de la botella aquí reproducida tiene cinco errores si se compara con la que lleva cada botella de coñac «CENTURION». ¿Cuáles son dichos errores? b) La calidad del coñac «CENTURION» se define con tres palabras, cuyas primeras letras son: AR., EX., SU. ¿Cuáles son las palabras completas? En sobre lacrado, que obra en poder del Notario don Pedro Avila Alvarez, San Cristóbal, 18, Jerez, se halla el dibujo con los errores y las tres palabras completas.

2.^a Las contestaciones, en las que se hará constar nombre, domicilio y localidad del concursante, deberán ser dirigidas desde esta fecha, hasta el 31 de diciembre, a la casa central, Jerez de la Frontera, Apartado 1, o bien a cualquiera de sus sucursales en Madrid, Marqués de Cubas, 18. Barcelona, paseo del general Mola, 44. Bilbao, Bidevarrieta, 1. Oviedo, Uría, 12. Zaragoza, avenida Marina Moreno, 31. Algemés (Valencia), Montaña, número 71.

3.^a Todos los sobres de las contestaciones deben llevar la indicación «Para el concurso coñac «CENTURION»». Las contestaciones cuyos sobres no reúnan dicho requisito serán rotas y no entrarán en el concurso.

4.^a Si las dos preguntas son contestadas exactamente por más de un concursante, ante el Notario mencionado se efectuará el sorteo de los premios entre aquellos que hayan acertado. De no haber ninguna solución exacta, los premios serán sorteados entre todos los concursantes.

5.^a Para este concurso, cuyo resultado se dará a conocer desde el 10 hasta el 25 del próximo enero, se establecen los siguientes premios:

1.º **5.000 Pesetas**

2.º **2.000 Pesetas**

10 terceros premios de una caja surtida de productos Palomino y Vergara



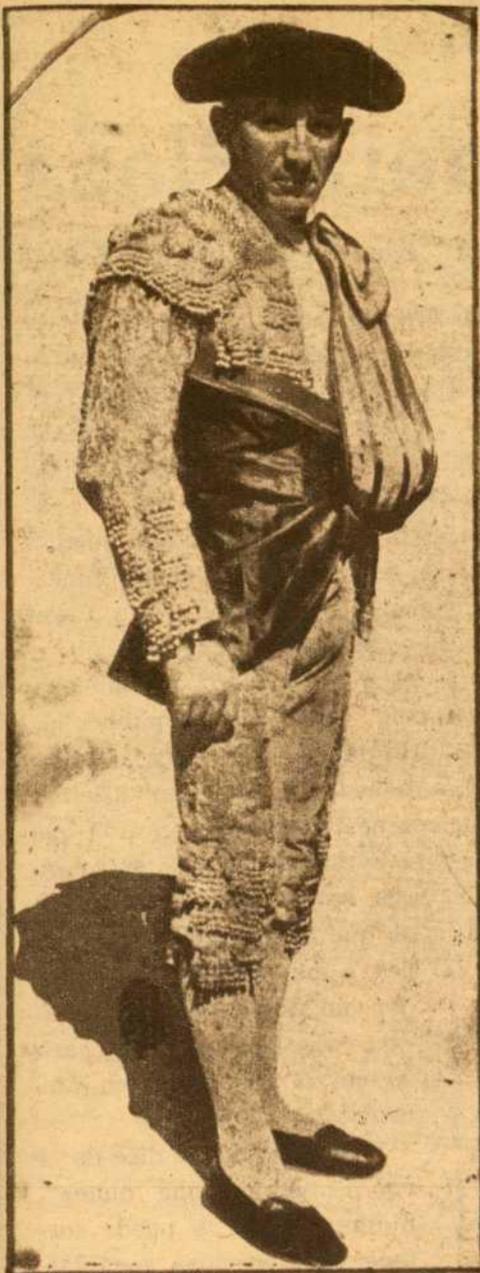
PALOMINO & VERGARA

LA MARCA DE LOS BUENOS CATADORES
JEREZ DE LA FRONTERA

UN PASODOBLE DE SARASATE PARA ALCARREÑO

El novillero que pasó muchas peripecias e hizo fortuna

Por JUAN CAZORLA



Julián Lorente, Alcarreño, en sus tiempos de novillero

Es muy bonita la Fiesta nacional, muy atractivos los caireles de los toreros y muy halagadora la gloria que el público atribuye a los lidiadores que, como refulgentes figuras de la tauromaquia, hacen gala de excelente maestría en los cosos. Todo ello es muy bonito de por sí, menos lo que el espectador no llega a ver: las muchas peripecias que la mayoría de éstos pasan. Unos, hasta llegar a ser queridos y admirados por el público; otros, siempre.

En una torturosa constancia sufren los ignocrados, los que dieron toda una vida por el arte. Y si no existiera una vocación, ¿creéis acaso que habría hombres taurinos en la oscuridad? No, desde luego que no. El más abnegado ser, el más vago de los humanos, elegiría otra profesión: ganaría más, sufriría menos y no expondría su vida ante la tentadora cornamenta del astado. Pero, aun así, ya veis que siempre hay un puñado de estos mediocres toreros —para mí, héroes de la resistencia y del sacrificio—, que esparcen por los pueblos de España nuestra fiesta representativa hasta que su estado corporal se lo permite. Y luego... luego, cuando se encuentran en la disyuntiva de retirarse, ¿qué hacen? ¡Pobres de ellos! El que suscribe conoce a varios que trabajan de fimpibotas o cerilleros en cafés y bares. Ese parece ser el oficio que caracteriza al diestro retirado que no hizo fortuna. No obstante, de tarde en tarde surge alguna excepción. Hoy, la que se nos presenta es la de Julián Lorente Alcarreño, un torero ya retirado que logró hacer algunas pesetas en ese mundo gris de los que fracasan.

—¿Muchos años en la profesión, don Julián?
—Bastantes. Aproximadamente, treinta.
—¿Y ahora...?
—Ahora ya estoy retirado. Mi despedida de los toros fue en 1932, en un beneficio que me dieron, en Guadalajara, Emilio Méndez, Antonio Sánchez, Eladio Ancrós y Cayetano Ordóñez (Niño de la Palma).
—¿Luego empezó a torear a principios de siglo?
—Sí; quizá unos años antes.
—Y sus comienzos, ¿cómo fueron?...
—Igual que todos. En becerradas y en las fiestas de los pueblos.
—¿Querría hablarme de su vida?...
—Le contaré con mucho gusto lo que recuerde. Verá: como le he dicho, comencé a torear en becerradas y en otras fiestas de la misma categoría, y luego ya pasé a novillero. Al principio, ya se sabe: como uno gana tan

peco, teníamos que viajar de incógnito en los vagones de mercancías, por lo que más de una vez nos metieron en la cárcel. Recuerdo que en Valdecorres del Jarama, encontrándonos detenidos en el Ayuntamiento, sacáronnos a torear un domingo por la tarde, con el propósito de ponernos en libertad si lo hacíamos bien, y debió de gustarles, cuando al final nos dieron una espléndida merienda, unos reales y unos billetes para el tren.

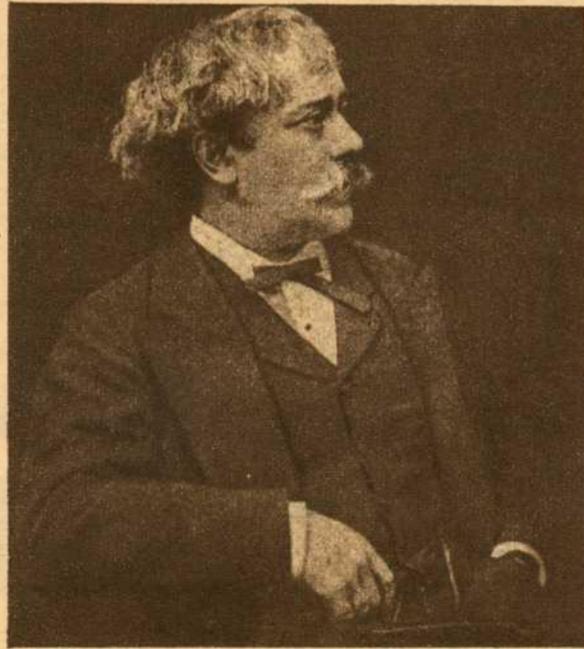
—Y esto, claro está, le sucedía en sus comienzos en el arte.
—A decir verdad, esto sucedía siempre. Pasan muchos sinsabores todos aquellos que no llegan a ser nada. Para vivir de los toros hay que ser figura.

—Pero bueno. Usted no ha sido, que digamos, una nulidad toreado. Sus mismos recortes de la Prensa patentizan que fué un excelente novillero.

—Sí; pero, repito, no un Manolete, o un Lagartijo el Grande, o un Frasuelo. Lo demás es tontería. Indudablemente, los toreros que no pasan a la primera línea, si siguen actuando, es por pura vocación, porque la vida que llevan es «perra», rutinosa. Yo, gracias a la Providencia, al final tuve suerte.

—¿Logró hacer dinero?
—Dinero, sí. No en gran cantidad; pero dinero.
—Explíqueme.
—Fué porque tuve la suerte de hacer unas temporadas lustrasas.

—Y dejaron ganancia, ¿eh?
—A fuerza de muchos ahorros, pude retirarme con unas pesetas, con las que me establecí en la carretera de Francia, kilómetro ocho. Si algún día va por allí, verá un enorme rótulo que dice: «Casa Alcarreño. Vinos y cervezas. Comidas de encargo.» Ahora tengo el propósito, como propietario que soy de una ta-



El maestro Pablo Sarasate, autor del pasodoble dedicado a Julián Lorente Alcarreño

berna, de repartir docientos cocidos entre los pobres, igual que hacía antaño el buero de Guerrita Chico.

—¿Ah! ¿Piensa imitarle en su humanitaria labor?
—Sí; le imitaré con mucho gusto. El no se incomodará; si acaso siente algo, es por no encontrarse hoy día en condiciones de hacerlo otra vez. Es una lástima que Jesús Rodríguez Arribas (Guerrita Chico), un hombre que ha hecho tanto bien, se encuentre así. Tan viejo y aun trabajando.

—¿...?
—No me pregunte. El sabe demasiado que soy todo un amigo, aunque en mí mal esté el decirlo.
—¿Y qué más, señor Lorente, puede usted contarme?
—¿Alguna anécdota?
—Buena; venga la anécdota.

—Toreando, en la Plaza de Tetuán de las Victorias, toros de veintiséis arrobas, y alternando con los diestros Segoviano, Jares y Leoncillo, el primero que he citado desapareció en el último toro que le tocaba matar, y negándonos nosotros a ejecutar tal supe, por incumplimiento de contrato, nos encerraron en un calabozo. Nos tuvieron unas cuantas horas detenidos, y luego nos echaron a la calle. Pero no terminó la cosa aquí. Hallándonos con el traje de torero todavía, mandamos a un muchacho por nuestra ropa de paisano. ¿Y qué cree que sucedió? Que el público, furioso, nos la había robado; e imagínese a nosotros caminando a la vista de los transeúntes vestidos con el traje de luces

—¿En cuántas Plazas ha actuado usted?
—En casi todas las de España y Portugal.
—¿Y en qué localidad recuerda haber toreado más veces?

—En Guadalajara. ¡Bendita Guadalajara! Allí fué donde me hizo el pasodoble Sarasate.

—¿Qué? ¿Qué dice usted?
—Lo de mi pasodoble.
—Sí; pero bien. ¿Qué...?
—¿Cómo? ¿Es que no se lo he dicho?
—No. No me ha dicho nada.
—Pues sí, hombre. En Guadalajara me hizo un pasodoble Sarasate.

—¿Sarasate? ¿Pablo Martín Sarasate?
—Sí; no le extrañe. Le explicaré cómo fué. Una de las corridas que toreadé en Guadalajara por los años de 1902 ó 1903 con Julián Cabrero (Cabrerito) la presencié Pablo de Sarasate, quien la noche de ese mismo día me propuso hacerme un pasodoble.
—Pero... ¡por favor! ¿Querría explicármelo más detalladamente?

—Sí, joven, sí. Se lo diré bien claro; escuche. Toreé en Guadalajara, como le digo, una tarde, y por la noche me encontraba en el café Las Columnas con unos amigos, cuando llegó un caballero acompañado de dos señores más, y me preguntó: ¿Usted es Alcarreño? Naturalmente, le dije que sí, y con las mismas me volvió a preguntar si quería que me hiciera un pasodoble. ¿Qué cree usted que le contesté?

—¿Qué?
—Que encantado. Yo nada perdía con aquello. Marchóse el desconocido con los que le acompañaban, y entonces gritaron a una mis amigos: «¡Qué suerte! ¡Sarasate en persona! ¡El gran violinista!»

—Pero ¿está usted seguro de que era Sarasate?
—¿Cómo que seguro? Más tarde pude comprobarlo.
—¿Comprobarlo? Cuénteme.
—Me enteré que había ido allí con motivo de la festividad de la Virgen de la Antigua, que es el 8 de septiembre. Para decirle más: hasta asistió a la función religiosa de la ermita aquel día, donde cantaron Matilde de Lerma y Biel.

—Bueno. Y, por fin, le hizo el pasodoble, ¿no?
—Sí; a mí, tan poquita cosa, me hizo un pasodoble Sarasate.

—¿Cuándo le entregó la partitura?
—Al día siguiente de la corrida. Me disponía ya a marcharme de Guadalajara cuando un chaval me entregó un sobre cerrado. Lo abrí, y me encontré con un pliego de música. Al principio, en grandes letras, se leía: Alcarreño.

—Vaya, hombre! Sin ser un Manolete, ni un Lagartijo, le hizo un pasodoble Sarasate.



Julián Lorente, Alcarreño, en la actualidad luciendo los atavíos de tabernero

Los toreros temen a la primera Plaza

Por EL CACHETERO



LOS toreros no vienen a Madrid. Los toreros tienen miedo a las condiciones en que se celebra en Madrid la fiesta de toros. Saben que aquí se

van a encontrar frente a unos toros que, si no van a ser arquetipos, por lo menos van a ser discretos de lámina y presentación, y que van a enfrentarse con una afición más exigente que lo que ellos acostumbra. Saben, por una tradición remota ya en la torearía, que un fracaso en Madrid tiene su repercusión en su campaña, en su crédito y en su porvenir. Y no vienen a Madrid porque Madrid no les es necesario, en general, sino como recurso de última instancia, cuando lo mismo que se apena con una ganadería "pregonada", se apena con la Plaza de Madrid. Más que venir a Madrid, se rinden a Madrid, porque más "cornás" tira la falta de contratos. Pero el que puede, teme, dosifica y huye.

Como aquí va a procurarse ver el panorama muy a fondo, hay que señalar un adarme de razón de los toreros, frente a mucha sinrazón de su parte. La razón está en que en Madrid, paralelamente a la decadencia de la buena afición, el buen abono y la discreta y atinada reacción del público, se ha desarrollado el "fenomenismo" en el público de un modo asombroso. Lo que ocurre es que ahora el "fenomenismo", vicio taurino casi siempre iniciado por Madrid y por la crítica taurina madrileña, se ha marchado a provincias, y la crítica anda tras de él de pasillo en hotel y de coche en feria, más viajada que la espuerta de los capotes. Madrid estuvo en primera línea en la invención del fenomenismo, que es una manera herética de ver los toros, y ahora paga sus últimas consecuencias, porque los toreros, una vez implantado el

sistema, han eliminado al mínimo los riesgos una vez en lo alto.

En estas líneas mías, y las anteriores y las que seguirán, se interpretan como deseo que Madrid recobre el cetro de la torearía con las mismas características que hoy se estiman consustanciales con tal cetro, si se cree que lo que uno desearía como bueno para Madrid sería trasladar a su Plaza los espectáculos de la de Barcelona, mucho más numerosos, atractivos y renombrados, se sufre una equivocación. Mi deseo sería devolver la responsabilidad a todo lo que se relaciona con la fiesta de los toros en Madrid. Responsabilidad a la Empresa, responsabilidad al público y responsabilidad a los elementos activos de la fiesta.



La primera Plaza, como conjunción de la mejor tradición, la mayor solvencia y la mayor responsabilidad, debe ser la madrileña, con más o menos corridas y con mejor o peor brillo, pero recobrando la tranquilidad que le falta, parte por la que le quitan los interesados y parte por cuanto no le ponen los interesados en ponerla.

El público de Madrid, en primer término, no merece ser temido. No escribo esto para mi elogio, sino quizá para lo contrario, por los principios de desorientación que tiene. Primero, por su tendencia al fenomenismo, hija de un temperamento novelero e impulsivo. Luego, porque ya son legión en la Plaza madrileña los aficionados que se han asomado a ella cuando el

toreo en Madrid estaba fuera de quicio. Prácticamente, desde la aparición de la Plaza actual. No es que uno sea un fetichista de la Plaza vieja. Creo que, de existir ahora, se hallaría en el mismo trance que la de las Ventas. Pero sí que la aparición en el toreo de los gérmenes que ahora estallaron contra Madrid es simultánea, cronológicamente, al derribo de la Plaza antigua. Bien; pues entre el regusto por la creación y descubrimiento del fenómeno y la hornada de gentes nuevas, el público actual de Madrid deja algo que desear; pero por fácil, entiéndase, que no por difícil.

Los toreros se temen. En rigor, lo que temen es a ellos mismos, a que, salvo raras excepciones, su campaña está montada tan al aire, que ninguno de los actua-

les, o muy pocos, y, a lo mejor, no de los más nombrados, posee condiciones para aguantar un abono en Madrid.

Pese a lo que se dice de la época "mejor que nunca", ninguno de ellos puede sostener seis corridas seguidas, con diversos contrastes de compañeros y ganado, con ganaderías de primera, entre mayo y junio.

Y el público de Madrid tendría que modificarse mucho, tendría que recobrar su antiguo aplomo y señorío, para volver a encajar su juicio ante una prueba así, para volver a "ver" los toros.

El público de Madrid, que, a pesar de todo, es el mejor público de España, el que mejor los "ve".

Lo que no "ve" es a los fenómenos, porque no se dejan ver, después de haber nacido gracias a una mala cualidad del público del que ahora huyen. Y al no verlos, acaba no pudiendo los ver.

En suma: pleito de fácil arreglo y en cuya solución confiamos.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

UN PITILLO EN EL ESTRIBO

Ha sido un amable lector el que hoy ha abierto su archivo, ha encontrado esta foto y galantemente nos la ha enviado para su publicación o para hacer — y éstas son sus propias palabras — el uso que queramos, con toda libertad.

Pero da la coincidencia de que esta vieja estampa viene como anillo al dedo para figurar en esta galería que poco a poco hemos ido dando a la publicidad. Nada menos que cuatro nombres que por derecho propio, por imperativo de su arte extraordinario, figuran entre las primeras líneas del escalafón taurino, han hecho un alto en el festejo y, sentados en el estribo, fuman el cigarro de la espera y del descanso.

Antonio Cañero, Joselito, Machaquito y El Gallo, todos ellos vestidos de corto, se han reunido ante el objetivo del fotógrafo, en una tarde invernal — ya terminada la temporada —, en la tierra de los Califas.

Han ido, por no perder la costumbre, a jugar un poquito al toro. A soltar las alegrías que aun les quedaban dentro del cuerpo, que aun les sobran, después de haber echado muchos toros patas arriba, a lo largo de su extensa temporada.

Pero los toreros son así, y les gusta darse gusto al cuerpo. Y como éste les pide toreo, no hay festival que desperdicien, porque en estos festejos es donde más cómodamente pueden dar rienda suelta a esas inquietudes. Es en ellos donde se ensaya aquel recorte que se pensó o que salió bien una tarde y por pura casualidad, pero que gustó tanto.

O el pase que se le ha ocurrido mientras desde el tendido — en una tarde de asueto — veía torear a un compañero. O, por fin, la gracia de un desplante que

sirva para alegrar la faena que se le viene a la mano; esa faena que él ha pensado siempre en poder dar a la aire de las ovaciones una tarde de limpio sol.

Y por muchas cosas más. Porque les gusta verse con ese traje campero que aun les hace más toreros, y porque en estos festivales hay ojos femeninos propicios a la alegría.

Es por todo ello por lo que el gran rejoneador Antonio Cañero abre su sonrisa bajo el ancha ala del sombrero cordobés, junto a la esbelta línea de Joselito — dentro del mismo terno de siempre — y al lado de Machaquito, con la majeza de su traje corto, y de la indiferencia calé de Rafael, que contempla arrobado su puro, como si en realidad empezase a fumar por primera vez. Aun está entre ellos un novillero cordobés, Toreri, que parece buscar en la sombra de estas gigantes figuras el apoyo para lanzarse a los ruedos de España.

Aquí están los cuatro, en el estribo, fumándose el cigarrillo de la espera y dando sus rostros a la cámara oscura, que después — ya ha llovido desde entonces — nos los devolvería para figurar en esta galería de estampas viejas que vamos dando a la publicidad.

Antonio Cañero, Joselito, Machaquito y Rafael El Gallo, cuatro figuras excepcionales que ya se retiraron de los ruedos del mundo; dejando un hueco que aun no ha sido rellenado,



MANUEL MOLINA ha estado quince años en América

PARA ÉL, PEPE ORTIZ HA SIDO EL MEJOR TORERO DE TODOS LOS TIEMPOS

Se fué de España Manuel Molina, Lagartijo, a raíz de la muerte de Joselito. Era el año 20 cuando lió sus bártulos y, en busca de nuevos horizontes, embarcó con rumbo a América. Había debutado como torero el año 1915 en la Plaza de la Maestranza, en una corrida en la que alternaban Corcito, Fortuna y Carnicerito de Málaga. Él mató dos Miuras que habían sido rejoneados por los Almeidas, padre e hijo. Más tarde actuaba en Madrid — a ñ o 1917 — con Domingo González, Dominuguín y Habanero de Valladolid, en la lidia de reses de Medina Garvey. Y así continuó, toreado novilladas, hasta que, cansado del ambiente y con ganas de conocer otros horizontes, decidió cruzar el charco.

Es desde entonces cuando la vida de Manuel Molina toma caracteres de aventura, cuando cobra un interés novelesco. Pero dejemos al mismo Lagartijo, con su habla ceceante, a pesar de los años transcurridos fuera de su Patria, que nos lo cuente:

—Me fuí de aquí con cuatro corridas contratadas para Caracas. Había de alternar con Julio Mendoza, y tenía también proposiciones para actuar en Colombia. Aun se andaba entonces por allí muy mal de ganado, y habíamos de ser nosotros mismos los que eligiésemos los toros que habíamos de matar más tarde.

—¿Y cómo se las componían ustedes?

—Teníamos que echarnos por el país a la busca de las reses. Cuando tropezábamos con algo que nos parecía que podía sernos útil, la «scalábamos». Es decir, la probábamos. De modo que figurése usted lo que suponía el matar dos toros en la Plaza. Para llegar a esto, a lo mejor nos habíamos toreado doscientos animales, de los que a duras penas se llegaban a sacar los necesarios para una corrida.

—¿Y luego embestían en la Plaza?

—Pues ahí está lo bueno del caso. Para torear una corrida de seis toros, había que encerrar, por lo menos, el doble, ya que en muchísimos casos no daban el rendimiento esperado y había que sustituir a los anunciados con los que teníamos en reserva. Cuando yo debuté en Caracas, me tuvieron que echar nueve toros para poder matar yo uno.

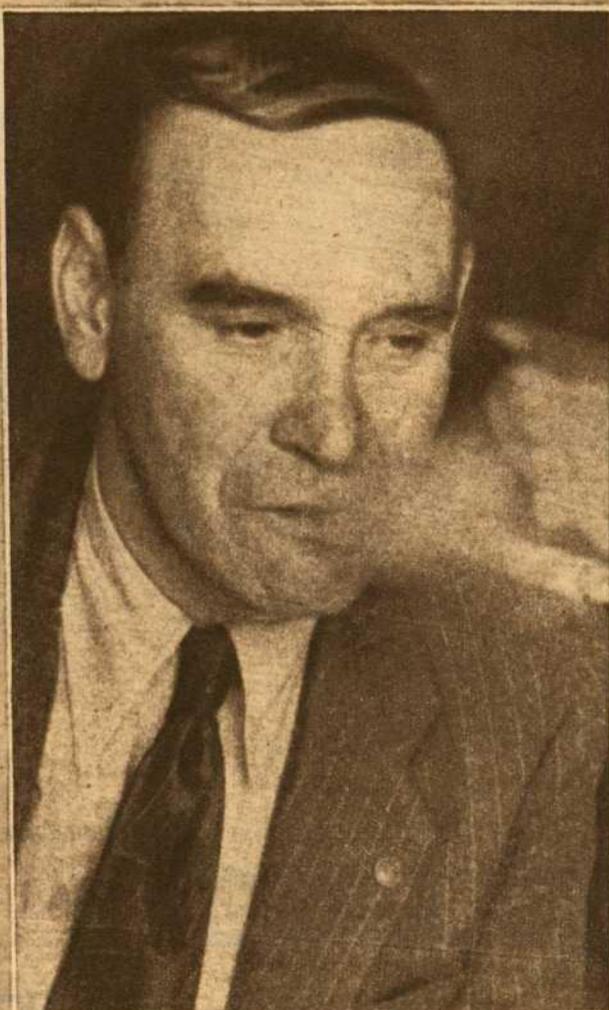
—¿Continuó usted viajando?

—Desde allí me fuí a Medellín, y para poder actuar, tuve que hacer una Plaza de toros de madera. Lo mismo me pasó en Manizales, donde

la hice de bambú, y después en Manzanique. En Pereira hice otra con proscenio, y en Armenia también. Más tarde, al pasar a Bogotá, construí cinco. Y en San Diego, para poder ganar un

pleito que tenía con otro constructor, hice el ruedo ovalado. Inaugurándola con Corcito y Alé. Lagartijo v a uniendo sus recuerdos en la memoria, y de vez en cuando aspira grandes bocanadas de humo. Son los puntos y aparte de su imaginación, los claros entre una fecha y otra.

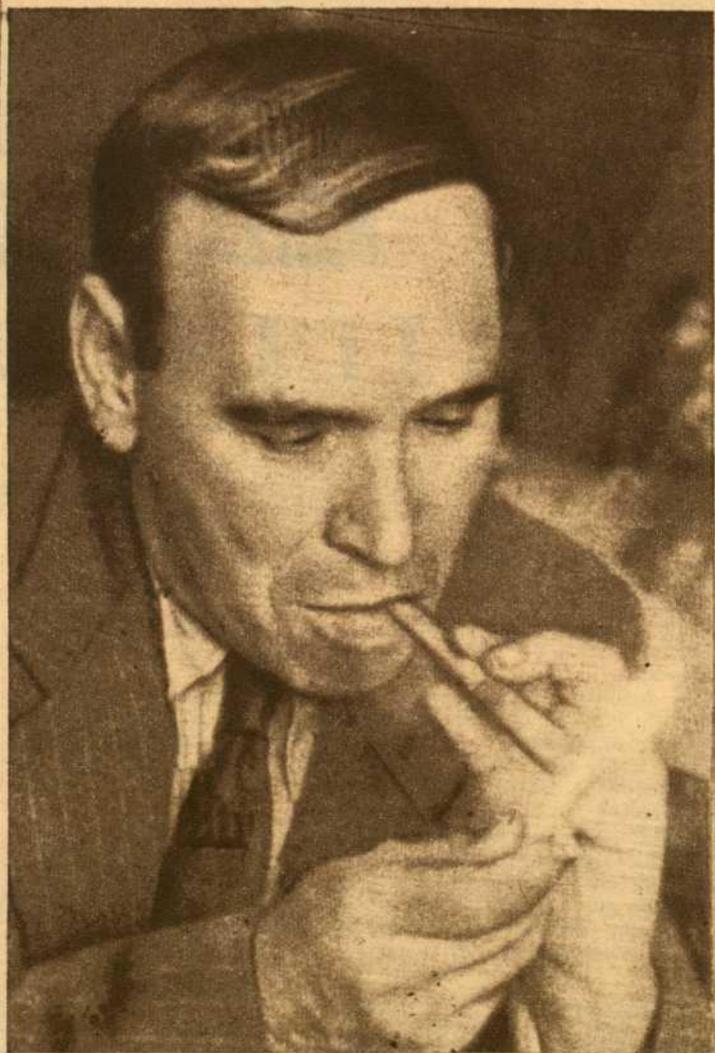
—Más tarde — continúa — actué en Cartagena de Indias. Allí, por cierto, tuve que matar un toro



Manuel Molina va recordando, a fuerza de bocanadas de humo de largo puro, aquellos años de su estancia en América



Con su esposa, nacida en Méjico, Manuel Molina posa para coletas que aun andan



Entre párrafo y párrafo, siempre hay que encender de nuevo, porque en la conversación ha olvidado al veguero que jnega entre sus dedos

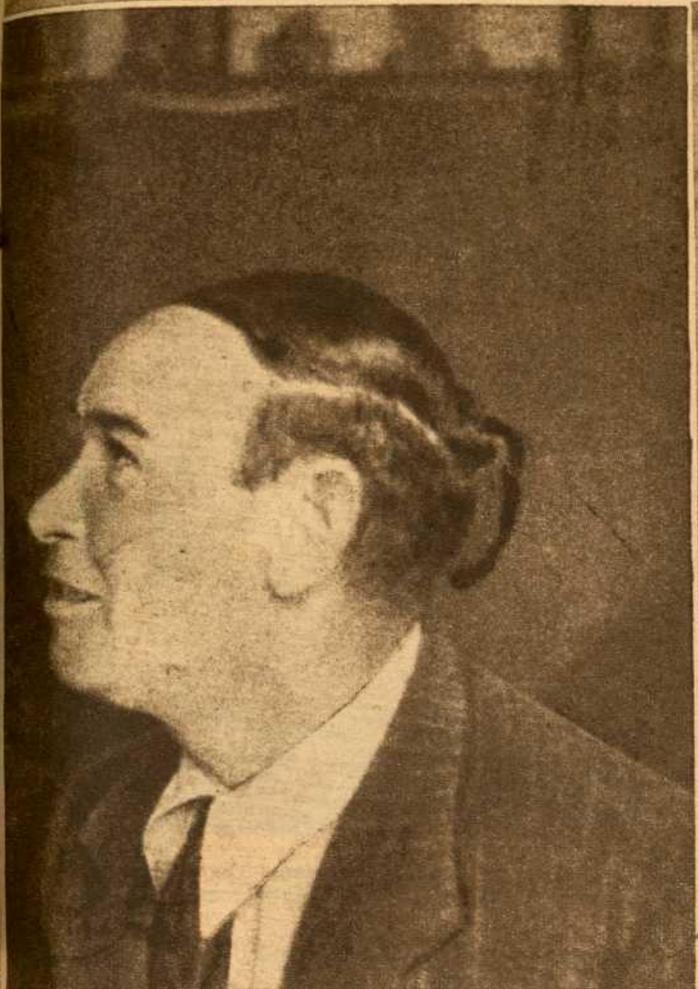
en el tendido, que saltó a la salida de un pase de muleta. El pobre Manolito Bienvenida y su hermano Pepe fueron testigos de lo que cuento.

Otra bocanada de humo al aire, y un nuevo lugar en su largo caminar a través de las tierras americanas.

—De allí a Puerto Rico, donde no se daban corridas desde hacía veinte años. Después de la corrida, en la que actuamos Gaonita de Méjico; Pérez Rivera y yo, fuimos detenidos. Nos culpaban de ensañamientos y malos tratos a los animales. Tuvimos juicio, y fué de lo más curioso que puede usted imaginarse. Con ayuda de nuestro defensor, íbamos disculpando y deshaciendo los cargos que se nos atribuían. Se llegó hasta la demostración práctica. Con algodones, que es

EN COSTA RICA TOREÓ EN UN ESCENARIO, EN SAN DIEGO HIZO UNA PLAZA OVALADA Y EN PUERTO RICO FUE ENCARCELADO

"Hoy hay más clase que nunca; pero antes había más pundonor y hombría"



el fotógrafo, dejando ver en su perfil una de las últimas por el mundillo taurino

hasta echarle una cuerda a los cuernos. Una vez agarrado, sin darle importancia, echó a andar con él a la espalda. Lo probamos y resultó bravísimo. Al acabar, le preguntamos precio al indio y después de llegar a un acuerdo, quedamos en que él mismo sería el encargado de llevarlo atado a la Plaza. Y así fué el toro, detrás del indio, hasta los corrales, atravesando la ciudad y como si fuese una vaca lechera.

La risa de Manuel corta la narración. ¡Cualquier cosa! ¡Un toro bravo llevado como un perro por medio de la ciudad.

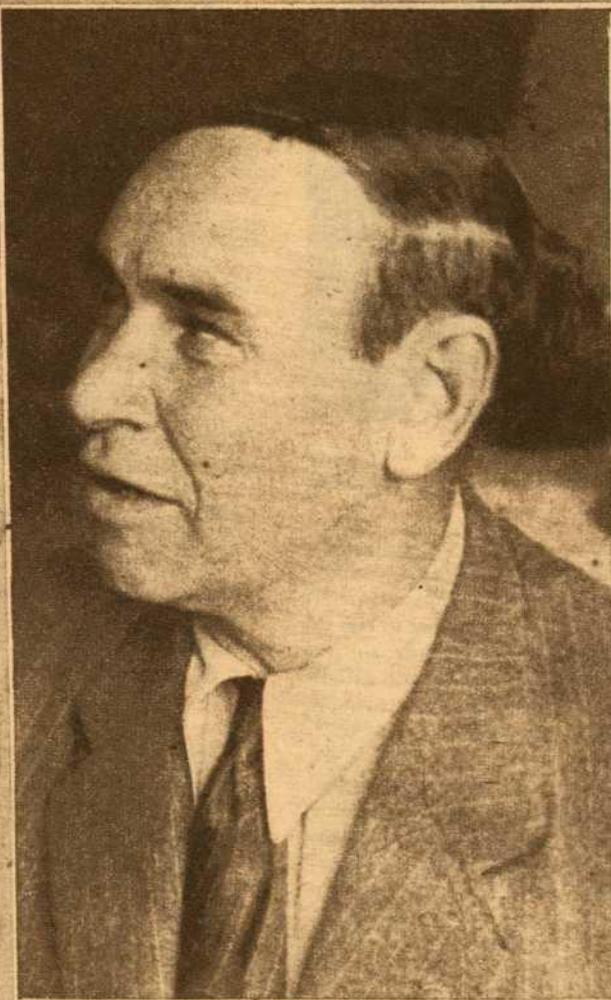
—Después, Perú otra vez;

Santiago de Chile, donde no pude actuar por no permitirlo la Sociedad Protectora de Animales; otra vez Perú, Colombia, Costa Rica, donde no dejaban matar los toros y donde tuve que

actuar en el escenario de un teatro, como si se tratase de una representación teatral. Antes que yo, Pepe Mora, un torero madrileño, había matado allí mismo un toro. Le tumbó de un volapié junto a las candilejas y al acabar lo llevaron a la cárcel. Después, Honduras, Guatemala y, al fin, Méjico.

—¿Por fin, llega usted a un sitio donde la Fiesta tiene cabida?

—No crea usted. Yo tuve que entrar por la frontera que limita con América Central y allí nada, o poquísimo, sabían de toros. Allí también teníamos que calar los toros, lo que le prueba su distancia y no de todo lo taurino. Actué en varias novilladas, y al fin, viendo que los modos habían cambiado en

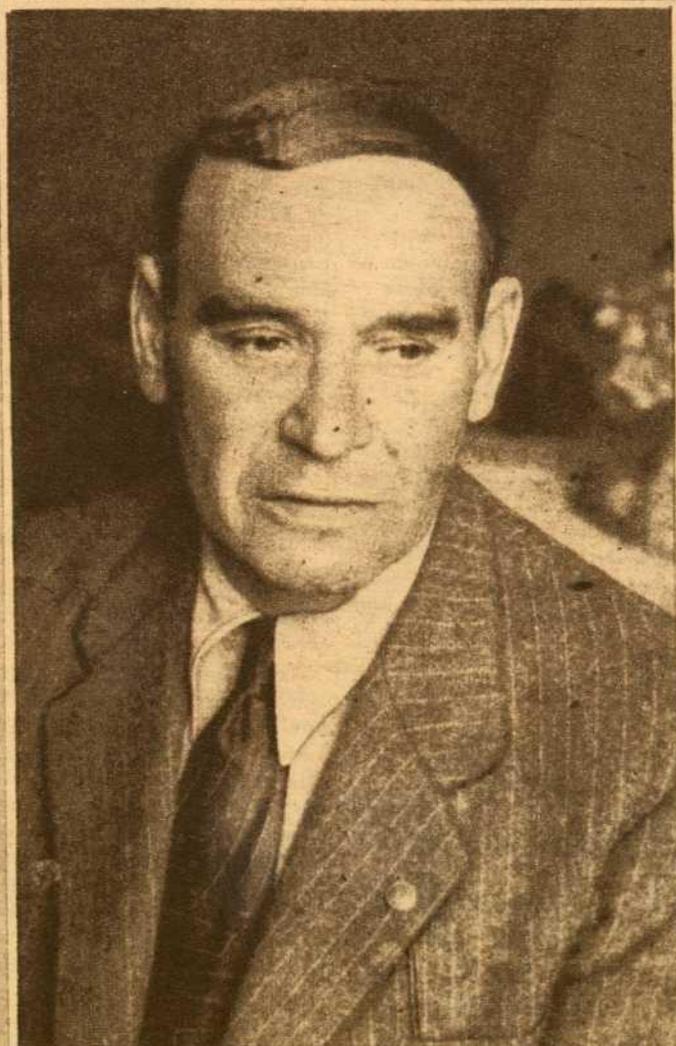


Hoy les sirvo las espadas a Pepe y Domingo Dominguín y a mi gran amigo el Espartero. (Fotos Manzano)

lo que utilizábamos en la Plaza, en lugar de banderillas, íbamos poniéndoselos al juez y preguntándole: «¿le hacemos daño?» Naturalmente, él tenía que contestar que no, y al fin salimos absueltos.

Ahora enciende el cigarro apagado, mientras abre su sonrisa ante el recuerdo de aquel juez, víctima de unas banderillas improvisadas.

—Más tarde —prosigue—, Santo Domingo, donde construí dos Plazas, y Santiago de los Caballeros. El Perú, y después, Bolivia. Aquí, al ir a calar los toros, tropecé con un caso extraordinario. Al llegar a un bohío, hablamos con el indio encargado. Le preguntamos si tenía algún toro bravo, y nos llevó a los corrales. Allí había un torazo y él se acercó llamándole «tolito».



En la charla hay momentos de abstracción. Es cuando Manuel Molina tiene que rebuscar muy hondo para hilvanar el hilo de sus declaraciones

mi ausencia, que yo no estaba en condiciones de hacer lo que se hacía, pasé a banderillar a las órdenes de Cayetano Palomino.

—¿En qué cuadrillas ha actuado usted?

—Con Damarín Chaves; Alberto García; Pepe Ortiz, que puede usted decir, entre paréntesis, que para mí ha sido el mejor torero de todos los tiempos; Fermín Rivera; El Espartero, a quien quiero como a un hijo; Silverio Pérez, Ortega, Cagancho, Maravilla.

—¿Y cuándo volvió a España?

—Al provocarse el pleito de los mejicanos. Allí no me dejaban torear, y cogí el petate para acá. Hoy soy encargado de obras en Aviación, y les sirvo las espadas a Pepe y Domingo Dominguín y al Espartero.

—¿Cómo ha encontrado usted el toreo actual?

—Hoy hay más clase que nunca; pero antes había más pundonor y más hombría.

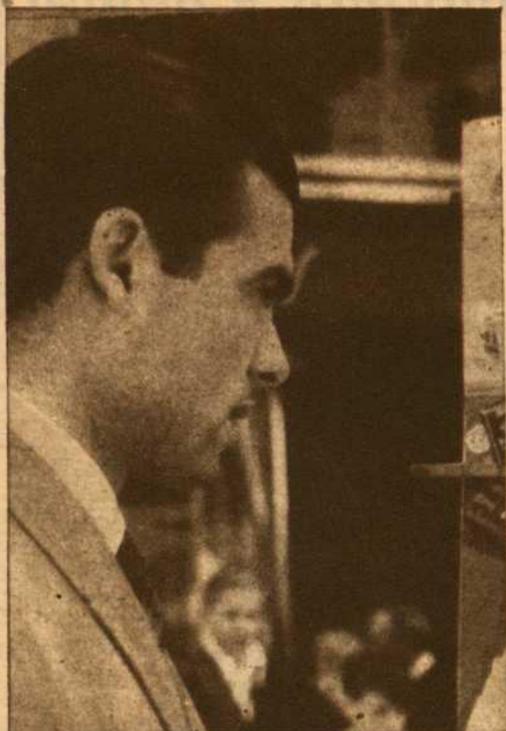
Llega su mujer, nacida en Méjico, y la conversación se generaliza. Manzano tira unas fotos.

Cuando nos despedimos de Lagartijo, aun le preguntamos:

—¿Y piensa usted volver por aquellas tierras?

—¡Calle usted! Si vine por tres meses, y llevo diez años. No sé qué dirán mis hijos—tengo dos allí— de la duración de estas vacaciones. Pero aun queda mucho por ver.

Al CHONI le ha perjudicado el proteccionismo otorgado por los ases en favor de toreros carentes de méritos



Jaime Marco, ante un escaparate, revisando los títulos de los libros lanzados al mercado

ESAPARECIDO Granero, figura señera del arte valenciano en los toros y apartado en su ostracismo Vicente Barrera, por fuerza tenía que resurgir de esa tierra de artistas, de ese plantel de flores, de sol radiante y vergeles huertanos, la figura artista que arrastrara a los públicos con los revuelos de un arte genuinamente personal.

El Destino ha querido que ese hombre sea Jaime Marco, el Choni, que por la dura senda de la constante superación, se está ganando un codiciado puesto en el toreo, y muy difícil será, si los toros lo respetan, que nadie le haga retroceder en sus propósitos.

La mejor evidencia de no existir hipérbole en estos augurios lo constituyen las numerosas tardes triunfales durante la última temporada—su primera como matador de toros—, en las que el público premió con sus mejores demostraciones la voluntad, decisión y técnica del valenciano.

Estos días un poco brumosos del solsticio invernal los emplea Jaime para descansar en sus lares levantinos. Un rápido viaje a Madrid, a fin de despachar una gestión relacionada con la próxima campaña, sirvió la ocasión de entrevistarme con el animoso lidiador.

La charla comenzó, ¡cómo no!, por la pregunta de ritual en esta clase de entrevistas:

—¿Está satisfecho de su cometido en la última temporada?

—A medias, nada más. Si que lo estoy en cuanto al resultado del esfuerzo que he tenido que realizar para no defraudar a mis amigos. Por el contrario, estimo insuficiente el fruto obtenido, si nos fijamos en el número de corridas obtenidas.

—¿Que asciende a...?

—... Treinta y tres actuaciones, debiendo mencionar otras seis, perdidas por pequeños percances.

—¿Quiere enunciarme las causas a las que debe achacarse no haber sumado un mayor número?

—Sin desdeñar la competencia surgida por

Está contratado para torear en Lima, pero habrán de resolverse algunos inconvenientes

el aluvión de toreros mejicanos, entiendo que el mayor perjuicio ha dimanado, para mí al menos, del proteccionismo otorgado por algunas destacadas figuras en favor de toreros cuyos méritos presentes y pretéritos no justificaban en modo alguno las corridas contratadas.

Creo, amigo Jaime, que los toreros-ventosa han existido en todas las épocas...

—Cierto; pero nunca la protección hacia ellos dispensada ha causado a otros tantos perjuicios como en la de 1945. De proseguir este estado de cosas, los lidiadores carentes de padrinos de honor, los que todo lo fiamos al propio esfuerzo y a la justicia de los públicos, muy poquita cosa tendremos que hacer en el toreo.

—Por fortuna, parece ser que las aguas vuelven a su cauce, ¿no lo estima usted así?

—Cuando ya parecía que por la actitud de Empresas, Prensa y aficionados se iba a operar una rectificación de procedimientos, veo con relativa sorpresa que se pretende repetir los hechos que vengo lamentando.

—Puesto que estamos hablando de un asunto del que muy pocos se atreven a hablar claro, sea usted más explícito.

—Con mucho gusto. Desde hace algunas semanas, y sin duda al socaire de la posible ausencia durante la futura temporada de algunas destacadas figuras, se ha lanzado el globo-sonda de cierta pareja de toreros jóvenes, acaso con el propósito de que éstos impongan los viejos procedimientos a que antes aludía.

—Hablemos ahora de otros temas, si le parece: ¿de dónde arranca el recuerdo de su tarde mejor?

—De una corrida presentada este año en Bilbao por los señores de Villagodio, que salió alrededor de los doscientos noventa kilos. Creo que allí conseguí la mejor faena de la temporada.

—Pasemos a la de peor evocación.

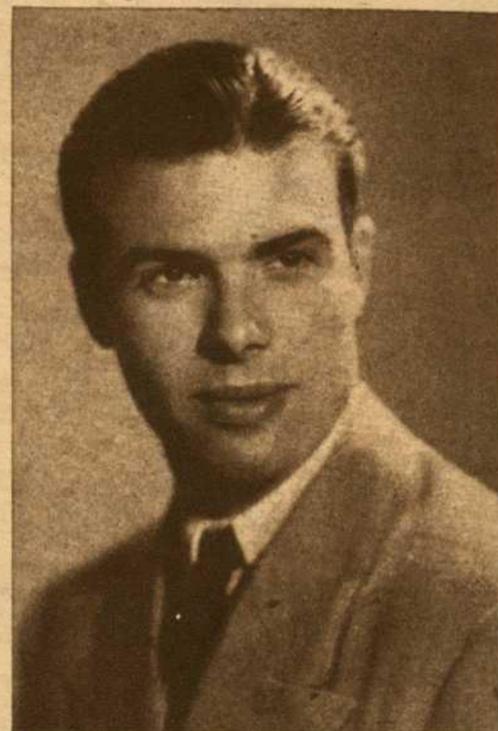
—En cuanto a dificultades del ganado, he tenido algunas. Singularmente en Barcelona, donde hasta la fecha no he podido demostrar mis posibilidades debido a este inconveniente.

—¿Va usted a Lima, por fin?

—Por lo pronto, estoy contratado en firme. Parece ser presentan inconvenientes de monta, como, por ejemplo, la escasez de ganado. Y si muy interesante es ir a América, más lo es para mí estar a tiempo en España para tomar parte en las corridas falleras.

—¿Supone que la próxima temporada sea mejor que la última?

—Creo será mejor para públicos, toreros y Empresas. El año taurino ha terminado llevando sereni-



El Choni, que próximamente se embarcará para Lima, donde actuará en cuatro corridas

dad a muchos alborotados espíritus: de un lado, por la competencia mejicana; y de otro, por los iniciales «récorde» de taquilla, que luego, en el transcurso de la temporada, no pudieron sostenerse.

—¿Y de los «pobrecitos» ganaderos, ¿qué me dice usted?

—Pues que por parte de alguno se abusa en cuanto a la presentación de sus productos. Ahora bien: bueno es que se diga algo sobre la existencia de cierta exageración en la campaña promovida contra el toro chico. Este año, sin ir más lejos, se han lidiado corridas de 280 a 300 kilos; por tanto, no menores a muchas de otros tiempos. Además, como compensación al menor nivel de volumen del toro, ahora se torea en una distancia infinitamente menor y se consigue un porcentaje superior de faenas lucidas, no alcanzado en las épocas añoradas por los que suponen que cualquier tiempo pasado fué mejor.

—¿En qué suerte quisiera usted perfeccionarse?

El Choni, sin el más leve titubeo, responde:

—En todas; y de una forma particular, en la de matar.

—Como respuesta final, ¿quiere decirme si estima infalibles a la crítica y a los públicos?

—Esa infalibilidad la acepto, pero a largo plazo, ya que hay que tener en cuenta en los públicos su propensión a dejarse impresionar con cierta facilidad. Respecto a la crítica, la estimo y agradezco, sean cuales fueren sus juicios, siempre que esté ejercida por personas capacitadas en la materia y desposeídas de pasión más o menos partidista. Cuanto hagan los críticos actuales por velar a fin de que su campo esté libre de gentes de poco escrupulo, me parecerá admirable y un motivo más de gratitud por parte de todos los toreros.

Balsamo Azul
UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Censura sanitaria num 1970 QUEMADURAS · GRANOS · ULCERAS · HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

TOREROS DE AYER

DESPUES DE TREINTA Y NUEVE AÑOS DE ACTUACION EN LOS RUEDOS, CHATILLO DE VALENCIA VIVE PRECARIAMENTE

Por AGUSTIN ALVAREZ TORAL



APENAS frisaba Domingo Pons en los doce años cuando quedó huérfano de padres. Pasó una infancia triste, abandonado a las más patéticas meditaciones ante el futuro sombrío que le aguardaba. Hasta que un buen día compadecióse de la criatura un valenciano bonachón y campechano.

Era éste Vicent Alabau, popular contratista de caballos de la Plaza de Valencia. Lo prohió, y el coto de la calle de Játiva se convirtió en alegre jaula de aquel gorrión sin nido. Alguien le bautizó con el remoquete de Chatillo. Y a Chatillo no tardó en abrirsele en el cerebro, en todo su esplendor, el mundillo mágico de la torería. A poco ya jineteaba como un «cow-boy», y salía en todas las corridas como monosabio o mozo de redondel.

Pero a él lo que le fascinaba de verdad era el toreo a pie. Entonces era Fabrilo el idolo de los valencianos. Y el chiquillo admiraba a Fabrilo con arrobamiento. Cita con feliz memoria aquel lejano e infausto 27 de mayo de 1897, en que Fabrilo toreaba una corrida de Cámara con Reverte en la Plaza valenciana. Recuerda cómo el público pidió a los dos matadores que banderillearan al quinto toro, Lengüeto, y cómo Fabrilo dijo a los espectadores, por señas, que no le gustaba el toro y que les complacería banderilleando el siguiente. Surgió entonces la protesta del público contra su idolo, y éste, visiblemente contrariado, tomó un par de banderillas, y al clavarlo, el toro hundió un pitón en la ingle, muriendo el torero tres días después.

Aquel mismo año «echó» a torear Chatillo de Valencia, que jamás anduvo por las caepas.

—Empecé —dice Domingo Pons— como se empezaba entonces: de banderillero en una cuadrilla, que era la de Niños Valencianos, capitaneada por Eduardo Serrano (Gordet) y José Sotoca (Mancheguito). Yo ganaba diez pesetas por corrida, y los matadores, entre cuarenta y cincuenta cada uno. Tenía entonces dieciséis años de edad. Después de ocho de actuación como banderillero toreadé varias novilladas de matador, para volver a ser banderillero definitivamente.

—Un día —sigue narrando su historia el viejo Chatillo— me llamó el matador de toros José Casanave (Morenito de Valencia) y me ofreció un puesto en su cuadrilla. Esto acontecía en 1905. Luego pasé a la de Chiquito de Begoña. Yo iba colocado con José Clarós (Pepete) cuando lo mató el toro Estudiante, en la Plaza de Murcia, el año 1910. Al quedarme sin jefe, ingresé en la cuadrilla de Regaterín, en la que permanecí tres años. Estuve otros ocho en la de Saleri II. También figuré en las de Martín Vázquez, padre de los actuales matadores; Emilio Méndez y Valencia I. Y toreadé muchas corridas con Bombita, Machaquito, Vicente Pastor, Joselito, Belmonte y Valencia II.

—De todos los matadores que fueron sus jefes, ¿cuál fué mejor banderillero?

—Joselito, señor. Y después, Saleri.

—¿Cuánto tiempo ejerció la profesión?

—Treinta y nueve años. No he sido otra cosa más que torero, ni otra cosa quise ser en mi vida. Me retiré en Tetuán de las Victorias el 7 de julio de 1935. Era una novillada de Alves do Río, que mataron Julián Rodarte, Liborio Ruiz y Niño de Valencia, a quien mató un toro en Inca el pasado año. Un tumor en la garganta me ahogaba, y ya no podía con los toros. Pocos días después me operaban y perdí el habla.

El anciano Chatillo de Valencia habla con



Chatillo de Valencia durante sus primeros años de banderillero



Domingo Pons, en la actualidad, durante una de las corridas celebradas en la Plaza de Madrid

voz que parece de ultratumba, valiéndose de un laringófono.

—¿Estuvo alguna vez en América?

—Cinco veces crucé el charco. Fui con Martín Vázquez, Saleri II, Valencia I, Belmonte y otros. Toreé en Lima, Colombia, Caracas, Medellín, Cartagena de Indias, Bogotá, Barranquilla y Valencia.

—¿Ganó usted mucho dinero?

—En aquella época ningún subalterno podía enriquecerse. Con ir tirando ya estaba bien. Con Saleri ganaba treinta duros por corrida. Joselito y Belmonte, que eran los que mejor pagaban, me daban cuarenta y cinco. En América fui ganando quinientas pesetas libres por corrida.

—¿Es cierto que también fué picador?

—No, señor. Lo ocurrido es que el año 1904 fui a torear a Teruel con el novillero Daudet. El otro matador era Alvaradito. Había encerrados cuatro toros como cuatro Telefónicas, de Manuel Lozano. Los picadores ajustados eran los que el día anterior habían actuado en la misma Plaza con Minuto y Valenciano. Los toros, de Ripamilán, de enorme poder, inutilizaron a todos los piqueros. Entonces, al encontrarnos sin picadores, me puse la mona y el castoreño y piqué yo solo los cuatro toros. Y en Lima, el año 1918, sucedió algo parecido. Para aquella temporada estaban contratados Martín Vázquez, Saleri, Pedro Carranza (Algabeño) y Dominguín padre. Los dos picadores españoles que fueron, Artillero y otro que no recuerdo, estaban enfermos. Y los del país se negaron a torear una corrida grande que mataban Saleri, Posadero y Gallo de Lima. En vista de ello, y previamente autorizado, salí al ruedo y piqué toda la corrida.

—¿Desde cuándo sirve las banderillas en la Plaza de Madrid?

—Desde la primera corrida celebrada, en 1939. Pasé a ocupar la vacante ocurrida por fallecimiento del antiguo banderillero Zapalido, gracias a la gestión personal del señor Gómez de Velasco.

—¿Qué honorarios percibe?

—Quince pesetas por corrida.

—¿No cuenta con otros recursos?

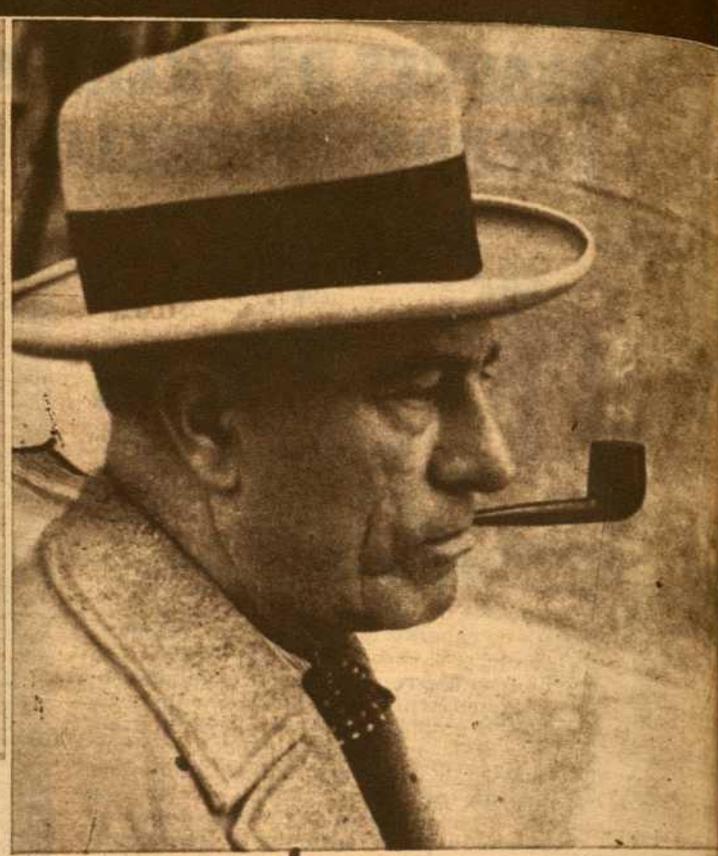
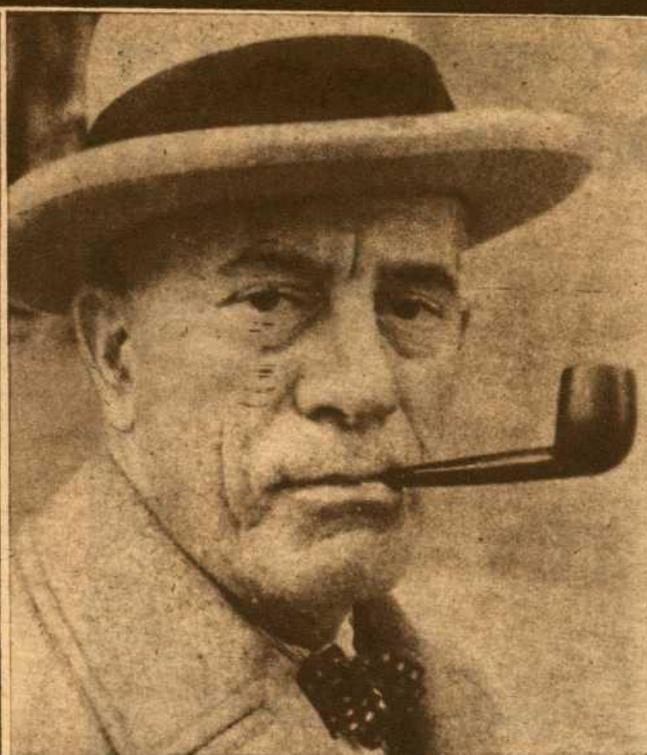
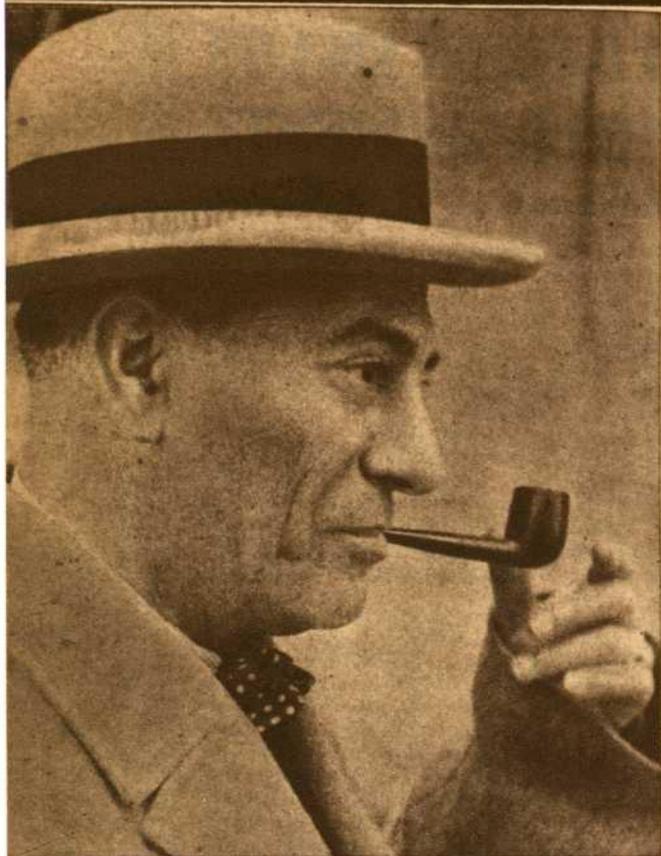
—Ahora, afortunadamente, sí. El Montepío de Toreros me pasa ocho pesetas diarias por retiro. Yo soy socio fundador del Montepío. Para tener derecho a esa pensión hay que llevar como mínimo veinticinco años de torero en activo y no haber sido dado de baja nunca como socio del mismo.

Chatillo de Valencia, anciano y viudo, vive precariamente, a pesar del generoso amparo de la benéfica institución, después de larga lucha con los toros. Y, sin embargo, no pide nada, ni quiere que se organice ningún festejo en beneficio suyo, ni hay en sus palabras acentos de amargura. Consumió sus energías y sus entusiasmos en treinta y nueve años de brega. Nada quiere de los que hoy triunfan y ganan dinero a manos llenas en los ruedos. Lo soporta todo con dignidad y es feliz vistiéndose de torero para servir las banderillas.

—Es para mí —agrega— el mejor lenitivo para mis cuitas vestir el traje de luces, aunque no pueda enfrentarme con los toros. El día que no pueda hacerlo, todo me será indiferente, y sólo pensaré en prepararme para bien morir. Cada tarde que me ciño la taleguilla me hago la ilusión de que vivo los tiempos ya lejanos en que me tocaban las palmas al correr los toros por derecho, a punta de capote, o banderilleaba con los pies metidos en un aro. Y me lio toda la faja y me aprieto fuerte los machos, ¿«sabusté»?...



OPINIONES SOBRE LA REFORMA DEL REGLAMENTO



Tres gestos captados durante la conversación sostenida con Cristóbal Becerra sobre la reforma del Reglamento de Toros (Fotos Manzano)

CRISTOBAL BECERRA entiende que debe quedar todo tal y como está y estima que las multas a los ganaderos no tienen valor

TODA reforma lleva consigo una serie de comentarios, protestas y aceptaciones, que da margen para que las campañas en torno al anuncio de tales cambios se agiganten. Así ocurre con el anuncio de las variaciones que se intentan introducir en el actual Reglamento taurino.

Para ello, y buscando siempre aquellas personas que por su larga experiencia y conocimientos de la materia pueden aducir argumentos, muy razonables, sobre lo que interesa, recogemos lo que Cristóbal Becerra, persona conocidísima y apreciada en los corrillos taurinos, opina sobre los tres puntos citados en la pretendida reforma que en estos días se anunció como solución para la Fiesta Nacional.

Becerra, gran apoderado y aficionado sin par el arte de los toros, nos ha brindado su impresión, atinada, justa y sin apasionamiento, sobre lo que encierra el cambio de las puyas, peso de los toros y las multas a los ganaderos. Sus treinta y tantos años viendo toros, testigo de las evoluciones y transformaciones experimentadas en el toro, es motivo sobrado para enjuiciar cuanto se relaciona con la Fiesta.

Tres puntos que Cristóbal Becerra nos fué aclarando y que recogemos en este reportaje.

—¿Qué opinas sobre la reforma de las puyas?

—Que deben quedar tal y como están. La actual es ya una reducción de la aprobada en el Reglamento de 1930. Aquella más grande, pues el tope tenía de 79 a 81 milímetros de largo y la arandela circular de siete centímetros de diámetro y tres de grueso. La práctica demostró que con esas dimensiones se hacía impracticable la suerte de varas, porque el puyazo no cogía al toro de arriba abajo. Más tarde, en marzo de 1933, se redujo a seis centímetros el diámetro, quedando intactas todas las características de la puya.

—¿Y la modificación actual, sería práctica?

—Desconozco por completo en qué consiste. De momento no encuentro nada que aconseje esa puya de que se habla, ya que la práctica y el tiempo han demostrado sus excelencias.

Como tampoco son de ahora sus ataques a ella. Ya hace tiempo que la fenecida Unión de Criadores de Toros de Lidia procuró modificaciones, que encuentro lógicas, para aminorarla.

—¿Luego estimas que la actual es la que debe mantenerse?

—Esta fué fruto de meditado estudio entre com-

petentes aficionados, ganaderos y matadores. Se llevaron a cabo infinidad de pruebas y se adoptó como la más práctica. Era indudable que salvaguardaba los intereses de todos.

—Y el cambio que se intenta hacer, ¿a quién beneficiaría?

—Estimo, caso de reducirla, al ganadero. Este sería el único que saldría ganando. Al tener menos castigo el toro, cumplirían muchas reses, que al pegarlas fuerte no lo podrían resistir.

—¿Pero es firme ya el acuerdo?

—Preveo que no. Son las consabidas noticias de invierno... en todos los años. Espero que no exista tal modificación. Tal como está el toro, no lo aconseja, y si sale algún toro antirreglamentario, que se vigile eso...

Los asesores lo han resuelto

Becerra encuentra razonable en parte las modificaciones que se han llevado a cabo, por el criterio de los asesores.

—¿Encuentras, por tanto, resuelto ya el problema?

—Los asesores han dado solución a los casos que se presentaron en el transcurso de la lidia, no dando el castigo que exige el Reglamento. Son cuatro puyazos los que debe recibir, y encuentro, a mi juicio, dejación en esto, ya que no se especifica la bravura o fuerza del bicho, siendo obligatorio el fogueo cuando no toma las cuatro puyas.

La forma actual de picar los toros

Todo estriba en el punto de vista del que comenta. Y así ocurre con la suerte de varas, censurada por los recientemente incorporados a la Fiesta.

—¿Y encuentras perfecta la forma de picar hoy los toros?

—Se habla demasiado; pero la verdad es que desde hace veinte años no muere ningún toro a manos de los que cumplen tal misión. Yo he sido testigo, en las épocas de Gallito y Belmonte, de la muerte de toros a manos de Carriles, Camero, Manuel Ceniza, Céntimo... En Madrid, por lo general, es donde más se les «pega» a los animales. Pero téngase en cuenta que los caballos son distintos a los de provincias, y las cuadrillas mejoran cuando se trata de actuar en la primera Plaza del mundo...

El peso de los toros

Este tema, más comentado que el de las puyas,

es por hoy el que más se discute entre los aficionados. Porque el peso ha disminuído, y la potencia no es la que lleva consigo un toro grande. La edad, el peso, todo influye hoy...

—Y sobre lo que se discute en la modificación, ¿qué crees debe acordarse?

—Aunque al peso en sí le doy un valor relativo, porque estimo que todo estriba en su trapío, creo que si con el peso actual se cometen abusos, no debe modificarse.

Hoy el peso es de 423, 401 y 378, y de aquí no se debe bajar, porque el ganadero que no pueda presentar en una Plaza de primera categoría un toro con 250, 240 y 225, en canal, debe dedicarse a criar reses bravas. ¿Entendido?...

—¿Y sobre el toro de ahora?

—Se exagera mucho. No es más grande ni más chico al medio de hace veinte años a esta parte. Pero si al venir su refinamiento se achicó la cabeza y perdió en belleza, es indudable que dejó de ser tan voluminoso.

Las multas

Y vamos al tercer tema de los apuntados anteriormente. Las multas a los ganaderos, empleadas como sanción a la falta de pundonor en llevar corridas sin el peso.

Becerra, al tocar este punto, no profundiza en él, por no afectarle tan directamente.

—¿Son eficaces?

—No lo entiendo así. Perdido el control de sí mismo, no tienen importancia ni lesionan intereses directos. Pero creo que el mal se corregiría con un control ejercido sobre las ganaderías, dándose el caso de ganaderos que el año 35 no lidiaron ni un solo toro, y en este año fueron cien. Y quien por aquella fecha enviaba seis corridas, en la pasada temporada lidió veintiuna. No se han ampliado las fincas y se hicieron milagros...

Cristóbal Becerra estima que la fiesta debería dejarse como es... y como está. Todo lo que venga será peor y la modificación no beneficiaría al aficionado.

Ni la reducción de la puya, el peso de los toros y las multas tendrían influencia sobre lo actual.

Así lo estima quien lleva treinta y cinco años viendo toros y conoce profundamente cuanto se relaciona con los toros.

JOSE CARRASCO



Una buena vara
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Angel López, Regatero
(Dibujo de Enrique Segura)